JEAN-PAUL SARTRE

LA HISTORIA DE UNA AMISTAD

JEAN-PAUL SARTRE

HISTORIA
DE UNA
AMISTAD
MERLEAU-PONTY VIVO

¡Cuántos amigos he perdido que viven todavía! Mas de nadie fue la culpa; fueron ellos, fui yo; el acontecimiento nos había hecho y aproximado, el acontecimiento nos ha separado. Y Merleau-Ponty —estoy seguro— no decía otra cosa cuando le ocurría recordar a las personas que frecuentaron y abandonaron su vida. Sin embargo, a mí nunca me perdió y fue necesaria su muerte para que yo lo perdiera. Éramos pares, amigos, no semejantes; no tardamos en comprenderlo y nuestras diferencias al principio nos divertían. Pero después, alrededor de 1950, el barómetro descendió: un vendaval se desató sobre Europa y sobre el mundo. La tempestad nos golpeaba uno contra el otro y un segundo después nos arrojaba uno a las antípodas del otro. Nuestros lazos, aunque a menudo tensos, nunca llegaron a romperse. Si me preguntan el por qué, diré que tuvimos mucha suerte y a veces hasta un poco de mérito. Cada uno trató de permanecer fiel a sí mismo y al otro, y casi lo conseguimos. Merleau está aún demasiado vivo para poder pintarlo y se dejará aproximar mejor —acaso sin saberlo yo— si relato esta desavenencia que no tuvo lugar: nuestra amistad.

Nos conocimos en la escuela, pero sin frecuentamos. Merleau era externo, yo pupilo. Cada uno de estos estados se considera como una orden de caballería, respecto de la cual la otra es la tropa. Vino el servicio militar: yo fui soldado de segunda clase, Merleau, subteniente. Una vez más dos órdenes de caballería ([1])

---

[1] No sé si en 1939 y en contacto con aquellos a quienes sus jefes llaman curiosamente hombres, él echó de menos la condición de simple soldado. Pero cuando vi a mis oficiales, esos incapaces, eché de menos mi anarquismo de pre-guerra. Puesto que era necesario

Luego *nos* perdimos de vista. Creo que él obtuvo una cátedra en Beauvois, yo enseñaba en El Havre. Sin embargo, nos preparábamos para el reencuentro sin saberlo. Con los medios a nuestro alcance tratábamos de comprender el mundo como podíamos. Y los medios eran los mismos —por entonces se llamaban Husserl, Heidegger— puesto que nuestros intereses coincidían.

Merleau *me* dijo un día, en 1947, que jamás se había curado de su infancia incomparable. Solamente la edad pudo expulsarlo de esa felicidad profunda. Pascaliano desde la adolescencia antes de haber leído a Pascal, experimentaba la singularidad de su persona como la singularidad de una aventura: cada uno es algo que llega y se esfuma no sin haber trazado las nervaduras de un porvenir siempre nuevo y siempre recomenzado. Qué era éste sino el paraíso perdido: una fortuna loca, inmerecida; regalo gratuito se convertía, después de la caída, en adversidad, despoblaba el mundo y lo desencantaba desde un comienzo. Esta historia es extraordinaria y común: nuestra capacidad de dicha depende de un cierto equilibrio entre aquello que nuestra infancia nos ha negado y aquello que nos ha concedido. Privados o colmados de todo, estamos perdidos. Existen, por cierto, infinitos destinos, el de Merleau fue el de haber ganado demasiado pronto. No obstante, era necesario vivir, hacerse hasta el final como el acontecimiento lo había hecho. Uno y al mismo tiempo otro, en busca de la edad de oro. Su arcaica ingenuidad, forjando a partir de aquella sus mitos y lo

---

luchar, cometimos el error de dejar el mando en manos de esos imbéciles vanidosos. Es sabido que Merleau-Ponty permaneció en el ejército después del corto interinato de la Resistencia; lo cual explica una parte de nuestras desgracias.

que él llamó luego "su estilo de vida”, establecía preferencias —tanto para las tradiciones que recuerdan las ceremonias de la infancia como para la “espontaneidad” que evoca en ella la libertad vigilada— descubría el sentido de *lo que acontece* a partir de *lo acontecido* y, finalmente, hacía el inventario y las verificaciones. Tal es lo que sentía cuando joven sin poderlo expresar todavía, tales son los rodeos por los que llegó a la filosofía. Se asombró, nada más. El juego ya está hecho y sin embargo se prosigue; ¿por qué? ¿Por qué llevar una vida descalificada por las ausencias? ¿Qué significa vivir?

Nuestros maestros, frívolos y serios, ignoraban la historia; decían que estas preguntas no se plantean, que están mal planteadas o —como era corriente en esa época— que “las respuestas se encontraban ya en las preguntas”. Pensar es medir, decía uno de ellos que no hacía ni lo uno ni lo otro, y todos afirmaban que la naturaleza y el hombre son objeto de conceptos universales. Esto es precisamente lo que Mer- leau-Ponty no podía admitir. Atormentado por los arcaicos secretos de su prehistoria, se impacientaba ante esas buenas gentes que creyéndose avionetas practicaban el “pensamiento de conjunto” olvidando nuestro hundimiento natal. Dirá más tarde que ellos se jactan de mirar al mundo de frente; ¿acaso no saben que éste nos envuelve y nos produce? El más liberado de los espíritus lleva su marca y todo pensamiento está condicionado en profundidad y desde su origen por el ser que pretende alcanzar. Porque somos historias ambiguas — suerte y mala suerte, razón y sin razón— cuyo origen nunca es el saber sino el acontecimiento, no nos es posible imaginar que se pueda traducir nuestra vida, esa malla que se devana, en términos de conocimiento. Y ¿qué valor puede tener un pensamiento humano acerca del hombre dado que él mismo es juez y parte? De este modo Merleau “rumiaba

su vida". Sin embargo, sería **prematuro pensar** en Kierkegaard. El danés huía del saber hegeliano, inventaba opacidades por terror a la transparencia. Si la luz del día lo hubiera atravesado, Soren no habría sido nada. Sucede lo contrario con Merleau- Ponty: quería comprender y comprenderse. No fue su culpa si descubrió en la práctica que *existe* incompatibilidad entre el idealismo universalista y aquello que denominará su "historicidad primordial". Nunca pretendió ceder el paso al irracio- nalismo por sobre el racionalismo: sólo quería oponer la historia a la inmovilidad del sujeto kantiano. O como decía **Rouletabille, ([2]) tomar** la razón **por** su comienzo. Nada más.

En suma, Merleau buscaba su "anclaje"; se advierte enseguida lo que le faltaba para comenzar por el principio: la intencionalidad, la situación y otros veinte utensilios más que se podían obtener en Alemania. Por otros motivos yo tenía en ese entonces necesidad de los mismos instrumentos. Bajo la influencia de Levinas ([3]) me acerqué a la fenomenología y partí a Berlín donde permanecí alrededor de un año. A mi regreso, ambos, sin sospecharlo, estábamos en el mismo asunto; hasta setiembre de 1939 proseguimos nuestras lecturas y nuestras investigaciones con el mismo ritmo, pero separados.

La filosofía, como es sabido, no posee eficacia directa: fue necesaria la guerra para aproximarnos. En

---

[2] Personaje de las novelas de Gastón Leroux (N. del T.).

[3] Filósofo francés, profesor de la Facultad de Letras de la Universidad de Estrasburgo. Ha escrito varias obras sobre fenomenología, entre las cuales puede mencionarse Théorie de l'intuition dans la phénoménologie de Husserl (N. del T.)

1941 se formaron aquí y allá en nuestro país, grupos de intelectuales que pretendían resistir al enemigo triunfante Yo pertenecía a uno de ellos, *Socialismo y Libertad.* Merleau se *unió* a nosotros. Este encuentro no fue casual: los dos proveníamos de la pequeña burguesía republicana, nuestros gustos, la tradición y nuestra conciencia profesional nos impulsaban a defender la libertad de la pluma. A través de ella descubrimos todas las otras; aparte de *esto* éramos dos ingenuos. Nuestra pequeña unidad, nacida en el entusiasmo, se enfermó y murió al cabo de un año sin saber qué hacer. Los otros grupos de la zona ocupada corrieron la misma suerte, sin duda por igual razón. En 1942 no quedaba ninguno. Más tarde el degaullismo y el Frente Nacional recuperaron a estos resistentes de la primera hora. En cuanto a nosotros, a pesar de nuestro fracaso, *Socialismo y Libertad* nos aproximó. La época era propicia; existía entre los franceses una inolvidable transparencia de corazón, lo opuesto al odio. Nos reconocimos a través de esta amistad nacional que aceptaba cualquier cosa a condición de detestar a los nazis. Pronunciamos las palabras fundamentales: fenomenología, existencia y descubrimos nuestras verdaderas preocupaciones. Demasiado individualistas para realizar nuestras investigaciones nos volvimos recíprocos al permanecer separados. Cada uno de nosotros, solo, se hubiera persuadido fácilmente de que comprendía la idea fenomenológica; juntos, encarnábamos, el uno para el otro, la ambigüedad; y es que cada uno interpretaba como una desviación inesperada de su propio trabajo, el trabajo extraño, a veces enemigo, que se realizaba en el otro. Husserl se constituía a la vez en el motivo de nuestra distancia y de nuestra amistad. En este sentido, como acertadamente lo ha expresado Merleau a propósito del lenguaje, éramos sólo “diferencias sir. términos o más bien términos

engendrados por las diferencias producidas entre ellos". Merleau ha conservado de nuestras conversaciones un recuerdo pleno de matices. Fundamentalmente, sólo quería profundizar en sí mismo y los discusiones lo molestaban; por otra parte, yo le hacía demasiadas concesiones con excesivo celo. Más tarde me lo ha reprochado en horas sombrías y también el haber expuesto *nuestro* punto de vista a terceros sin tener en cuenta *sus* reservas. Atribuía esto al orgullo —me lo ha dicho—, a cierto desprecio ciego por los otros. Nada más injusto: siempre he considerado y considero todavía que la verdad es una; pero en cuestión de detalles me ha parecido que debía abandonar mis designios si no podía convencer a mi interlocutor de que abandonara los suyos. Merleau-Ponty, por el contrario, encontraba su seguridad en la multiplicidad *de* perspectivas, en las que veía las facetas del ser. Por lo demás, si callé sus reservas lo hice de buena fe o casi: ¿Quién puede estar seguro de ello? Mi culpa residía más bien en sacrificar los detalles para lograr más pronto un acuerdo. De cualquier modo, no se fastidiaba demasiado pues conservó la idea amistosa de que yo era un conciliador. No sé si estas discusiones le resultaban provechosas; a veces lo dudo, pero no olvido todo lo que les debo: un pensamiento renovado. A mi juicio este fue el momento más puro de nuestra amistad.

Sin embargo, Merleau no me confiaba todo. Sólo hablábamos de política para comentar las noticias de la BBC. Yo había caído en un hastío del cual salí el día que pude adherir a una organización sólida; sin embargo, a pesar de las reservas con que anteriormente Merleau había considerado este proyecto, no lo había olvidado porque el mismo le ofrecía la imagen reducida de un acontecimiento: reconducir al nombre a sí mismo, a ese accidente que era, que continuaba siendo

y que él mismo producía. ¿Qué habían soportado, sentido y finalmente hecho esos profesores —entre los que nos encontrábamos—, esos estudiantes, esos ingenieros bruscamente reunidos y repentinamente separados por un torbellino? Por ese entonces Merleau-Ponty interrogaba la percepción. Veía en ella uno de los comienzos del principio, experiencia ambigua que entrega nuestro cuerpo a través del mundo y el mundo a través de nuestro cuerpo: gozne y *anclaje.* Pero así como el mundo es historia también y antes que nada quizás, *lo somos nosotros.* Al margen del libro que estaba escribiendo lentamente, reflexiona sobre aquello que diez años más tarde consideró el anclaje fundamental. La^vhuellas de estas meditaciones ambiguas están impresas, en la *Fenomenología de la Percepción* si bien yo no supe reconocerlas. Fue necesario que transcurrieran diez años para que alcanzara'lo que buscaba desde su adolescencia: el *Ser - acontecimiento* del hombre, que denominamos también existencia. ¿Diremos que la fenomenología quedaba reducida a una "estática" en su tesis y que poco a poco Merleau la transformaría en una "dinámica" mediante una pro- fundización cuya primera etapa *se* encuentra en *Humanismo y TerrorP* Esto no sería falso, sin duda exagerado, pero claro. Tal exageración permite al menos entrever el movimiento de su pensamiento: suave, prudente pero inflexible, se repliega para alcanzar, a través de sí mismo, lo original. Durante los años que precedieron a la liberación no progresó mucho, si bien ya sabía que la historia, como la naturaleza, no pueden contemplarse de frente, La historia nos envuelve. ¿De qué modo? ¿Cómo nos encierra en la totalidad del tiempo pasado *y* del tiempo futuro? ¿Cómo descubrimos los otros en nosotros como nuestra verdad más profunda? ¿De qué modo captamos en ellos como la norma de su verdad? El problema se plantea ya a nivel de la espontaneidad perceptiva y de

la “in- tersubjetividad” y se vuelve más concreto y urgente cuando se reintegra el agente histórico al seno de fluir universal. ¿Cómo insertar la “persona” en estos trabajos y fatigas, en los instrumentos, el régimen, las costumbres, la cultura? E inversamente, ¿cómo extraerla de una trama que ella no se cansa de urdir y que a su vez jamás cesa de producirla? Merleau había creído vivir en la paz, sin embargo cuando la guerra lo hizo guerrero, combatió. ¿Determinaba este extraño torniquete los límites y el alcance de la acción histórica?. Era preciso examinarlo más de cerca. Investigador y testigo, acusado y juez, Merleau miró retrospectivamente la luz de nuestra derrota y de la futura derrota alemana —de la cual estábamos seguros después de Stalingiado—, la falsa guerra que había realizado, la falsa paz que había creído vivir, siempre en el gozne, burlador burlado, mistificador mistificado, víctima y cómplice a despecho de una indudable buena fe que, no obstante, era necesario cuestionar ([4]). Todo transcurrió en silencio; Merleau no necesitaba compañero para aírojar luz sobre la singularidad de su época, sobre su propia singularidad. Una prueba de que no ha dejado de reflexionar acerca de su tiempo la hallamos a partir de 1945 cuando escribía- “En suma, hemos aprendido la historia y pretendemos que no se la olvide” ([5]).

La mención en plural era solamente una cortesía; para aprender lo que él ya sabía me faltaba todavía un lustro. Colmado desde su nacimiento y frustrado

---

[4] No como hice en 1942 por una eidética de la mala fe, sino Por el estudio empírico de nuestras fidelidades históricas y de las fuerzas inhumanas que las pervierten

[5] MERLEAU-PONTY, "La guerre a eu lieu”, en Les Temps Modernes, N9 1, octubre de 1945.

luego, estaba destinado por su experiencia a descubrir la fuerza de las cosas, las potencias inhumanas que arrebatan nuestros actos y pensamientos. Investido, envuelto, predestinado pero libre, su intuición original lo disponía a comprender el acontecimiento, esta aventura surgida de todas partes, sin consistencia ni significación mientras no ncs colma con sus azarosas tinieblas, mientras no nos obliga a reconocer libremente y a pesar nuestro su imperiosa necesidad. Por otra parte, sufría a causa de sus relaciones con el otro. Todo se le había brindado demasiado bello, demasiado pronto. La naturaleza que lo envolvió en primer lugar fue la Diosa Madre, su madre, a través de cuyos ojos veía; fue su *alter ego.* Por ella vivió esa "intersubjetividad inmanente" que describió a menudo y que permite descubrir a través del otro nuestra "espontaneidad". Muerta la infancia sólo perduró el amor, fuerte aún pero desolado. Seguro de no volver a encontrar su intimidad quebrada, no sabía qué pedir a sus amigos: todo y nada, algunas veces demasiado, otras demasiado poco. Pasaba rápidamente de la exigencia al desinterés y a menudo, los reveses sufridos confirmaban su exilio. Malentendidos, enfriamientos y separaciones por faltas recíprocas, la vida privada le había enseñado ya que nuestros *actos se inscriben en* nuestro pequeño mundo de un modo distinto al que hemos querido, que nos hacen diferentes de lo que somos, atribuyéndonos, posteriormente, intenciones que no teníamos y que tendremos en adelante. Después-de 1939, vio en estos errores de cálculos, en estos costos imprevistos que es preciso aceptar, dado que no hemos sabido preverlos, los caracteres mismos de la acción histórica. En 1945 escribió en el *mismo artículo:* "Estamos obligados a asumir y a considerar como nuestras no solamente nuestras intenciones y el sentido que esos actos tienen para nosotros, sino

también las consecuencias exteriores de esos actos, el sentido que toman en un determinado contexto histórico” (*[6]).*

Merleau veía “su sorrbra proyectada sobre la historia *como* sobre un muro, la forma que tomaban exteriormente *sus* actos, ese Espíritu *Objetivo* que era él mismo” ([7]). Se sentía lo suficientemente responsable como para tener siempre conciencia de restituir el mundo al mundo, lo suficientemente libre como para objetivarse en *la historia* a través de esa restitución. Complacido, se comparaba a una ola, una cresta entre otras y todo el mar delante, circundado por un cinturón de
espuma. El hombre histórico, mezcla de azares singulares y de generalidades, aparece cuando su acto, hecho y previsto desde hace mucho hasta en su objetividad más extraña, introduce un comienzo de razón en la irracionalidad original. Merleau respondía a sus adversarios convencido de que su sentimiento de la existencia no se oponía al marxismo. De ahí que la conocida frase “los hombres hacen la historia conforme a circunstancias anteriores” podía considerarse, según él, como una versión marxista de su propio pensamiento.

Los intelectuales comunistas no se engañaron. Me atacaron no bien terminó la paz de 1945. Mi pensamiento político era confuso y mis ideas susceptibles de resultar nocivas. Merleau en cambio, les parecía más próximo. Comenzó un *flirt:* Merleau Ponty veía con frecuencia a Courtade, Hervé, De- santi. Su tradicionalismo se complacía en su compañía; después de todo, el Partido Comunista es una tradición. Prefería sus ritos, su endurecido pensamiento recocido

---

[6] Ibid.
[7] Ibid.

por veinticinco años de historia, a las especulaciones de los pensadores independientes.

Merleau, sin embargo, no era marxista; si bien no rechazaba la idea se negaba a considerarla un dogma. No admitía que el materialismo histórico fuera la única luz de la historia, ni que esta luz emanara de una fuente eterna, sustraída por principio de la vicisitudes del acontecimiento. Reprochaba a ese intelectualismo de la objetividad, así como al racionalismo clásico, el hecho de contemplar el mundo de frente olvidando que éste *nos envuelve*. Hubiera aceptado la doctrina si, al menos, hubiera advertido en ella una fosforescencia, un manto tendido sobre el mar, desplegado v recogido por la marejada y cuya verdad dependiera justamente de su participación permanente en las turbulencias del mar. Un sistema de referencias, sí, pero a condición de que se modifique con cada referencia; una explicación, si se quiere, pero que se deforme en el acto de explicar. ¿Se puede hablar de un "relativismo marxista"? Sí y no. Cualquiera fuese la doctrina, Merleau desconfiaba, temiendo descubrir en ella una construcción del "pensamiento de conjunto". Un relativismo, pues, pero por precaución. Creía en un único absoluto: nuestro anclaje, la vida. En definitiva, ¿qué le reprochaba a la teoría marxista de la historia? Sólo ésto que es fundamental: no tener en cuenta la contingencia. "Toda empresa histórica tiene algo de aventura, no está ja *más* garantizada por una estructura *absolutamente* racional de las cosas y por ende, supone siempre la utilización del azar, siempre hay que emplear artimañas con las cosas (y con las personan), porque es necesario hacer surgir un orden que no estaba dado en ellas. Queda la posibilidad de un gran compromiso, de una putrefacción de la historia, en la que la lucha de clases, lo bastante poderosa para destruir, no lo sería para construir, y en la que se borrarían las líneas directrices

de la Historia tal como las había trazado *El Manifiesto Comunista".* Contingencia de todos y de cada uno, contingencia de la aventura humana *y*, en el seno de ésta, contingencia de la aventura marxista: aquí reconocemos la experiencia fundamental de Merleau-Ponty. Primero había reflexionado acerca de la singularidad de su vida, luego, replegándose sobre su existencia histórica, había descubierto que una y otra están hechas de la misma trama.

Salvo estas reservas, Merleau aceptaba el materialismo histórico como un bastidor, como una idea reguladora o si se prefiere, como un esquema heurístico: "En los últimos quince años han surgido demasiados autores que superan falsamente al marxismo, como para que nos preocupemos de no confundirnos con ellos. Para superar, una doctrina es necesario haber alcanzado primero su nivel y explicar mejor que ella lo que ella explica. Si frente al marxismo nos planteamos interrogantes, no es porque prefiramos una filosofía conservadora de la historia, que sería aún más abstracta". En resumen: el marxismo, mientras no encontremos nada mejor.

Entendámonos, el marxismo es fundamentalmente una práctica cuyo origen se encuentra en la lucha de clases; si se niega esta lucha no queda nada. En 1945 —en tanto el P.C. compartía el poder con los partidos burgueses— esa lucha no se comprendía claramente. Los jóveney intelectuales del Partido creían devotamente en ella y tenían razón: *creían* porque no podían *verla* bajo la máscara engañosa de la unidad nacional. A menudo Merleau-Ponty los irritó porque sólo creía a medias en esa lucha. Había reflexionado acerca de las consecuencias de la victoria; en lugar de aliados eran dos gigantes frente a frente. Ansiosos de evitar fricciones, habían remodelado el mapamundi en Yalta: para mí el Levante, para tí el Poniente; por la paz no se preocupaban, ya que, a no dudarlo, una tercera

guerra era inevitable y cada uno, para asegurarse prontamente la victoria, se entendía con el otro a fin de diferiría hasta haber adquirido las mejores posiciones. No obstante, el equilibrio de fuerzas permanecía provisoriamente favorable a Occidente. En ese momento de la historia, la revolución resultaba imposible en Europa; ni Churchill, ni Roosevelt ni al fin y al cabo Stalin, la hubieran tolerado.

Se Sabe lo que sucedió a la resistencia griega y cómo fue liquidada. Todo está claro ñov: la historia era una para el mundo entero; de ahí la contradicción, entonces inexplicable, de que la lucha de clases se transformaba locamente en conflicto entre naciones y, por consiguiente, en guerras diferidas. Actualmente, el tercer mundo nos ilumina, pero en 1945 no podíamos comprender ni admitir la metamorfosis; estábamos ciegos. Merleau-Ponty, con un solo ojo, extrajo conclusiones que asombraron porque parecían imponerse: si la revolución puede frenarse desde el exterior ante la preocupación por mantener el equilibrio internacional, si fuerzas extranjeras pueden aplastarla en germen, si los trabajadores no deben esperar de sí mismos sino de un conflicto planetario su emancipación, la clase revolucionaria se ha despedido. La burguesía sobrevive rodeada por la inmensa masa de trabajadores que explota y atomiza. Pero el proletariado, esa fuerza invencible que llevaba en sí mismo la sentencia contra el capitalismo y que tenía la misión de derribarlo, no estaba presente. Es posible que retorne, quizás mañana, quizás dentro de medio siglo, pero podría suceder que no retorne jamás. Marleau-Ponty comprobaba esta ausencia, la deploraba como corresponde deplorarla y proponía que nos organizáramos sin esperar más, por si la ausencia se prolongaba. Trazó, incluso, los lineamientos generales de un programa en un texto que transcribo de memoria, pero, estoy seguro, con bastante fidelidad: “En esta

situación de espera se impone no hacer nada que impida el renacimiento del proletariado, es más, hay que hacer todo lo posible para su recuperación. En suma: hacer la política del P .C .”. En todo caso garantizo la fidelidad de las últimas palabras y confieso que me impresionaron: el P. C., nacido de la lucha de clases, determina su política en función de esa lucha, razón por la cual en los países capitalistas, no sobrevivirá a la desaparición del proletariado. Pero Merleau-Ponty ya no creía en la guerra civil cuestionando así la legitimidad de la organización comunista; lo paradójico es que, al mismo tiempo, nos proponía que nos alineásemos junto al partido.

Había esta otra paradoja Si visitamos a un obispo y le decimos para probar: “Dios ha muerto y dudo que resucite, pero, mientras aguardo, me uno a usted”, el obispo agradecerá tan cumplidas expresiones mas no creerá oportuno aceptarlas. Los amigos comunistas de Merleau adoptaron la actitud opuesta: lo regañaron un poco, amablemente, pero sin rechazarlo. En realidad, este proceder no debe asombrarnos. El Partido, triunfante en la Resistencia, se mostraba menos estricto en la elección de sus compañeros de ruta. Por otra parte existía entre sus intelectuales cierto malestar; radicales por principio, hubieran deseado que eí proletariado organizara y prosiguiera sus conquistas, ya que la burguesía, aterrorizada por la publicidad de sus traiciones, lo hubiera consentido todo. En cambio se contemporizó. Los intelectuales decían: tomemos el podçr; se les respondía: los anglo-sajones intervendrían en el acto. Una nueva contradicción surgía en el movimiento del “ala militante”, puesto que se podía revocar desde el exterior una revolución exigida dsde dentro por las masas, para salvar la paz y los países socialistas. Estos jóvenes que ingresaron al partido por la Resistencia no le negaron su confianza, pero surgieron dudas y desavenencias; después de todo

Francia era una democracia burguesa, luego ¿qué hacía el P.C . en el gobierno tripartito? ¿no sería un rehén del capital? Repetían fielmente slogans que les inquietaban: Hay que saber conducir una huelga; la reconstrucción del país, éste es el objetivo revolucionario. Sin embargo, no podían impedir que las conclusiones de Merleau los perturbase un poco. Marginalmente. Después de todo, este aprobaba una política reformista del Partido de la que ellos mismos, por obediencia, eran ejecutores. ¿Se le podía censurar que repitiera en voz alta lo mismo que ellos se preguntaban por lo bajo: dónde está el proletariado? De hecho, estaba ahí, pero atado y amordazado. ¿Y por quién? Se irritaron cada día un poco más con Merleau-Pontv, con este nuevo Casandra; y Merleau-Ponty a su vez, se irritó contra ellos. Todos eran injustos.

Merleau desconocía el arraigo de sus amigos, Volvió sobre esto quince años más tarde en el prefacio a *Signos.* Insiste aquí, por el contrario, en el estatuto del militante, envuelto e investido y que, sin embargo, debe contribuir con sus actos y su fidelidad a hacer el Partido que a su vez lo hace a él; arrepentimiento ambiguo que lo lleva, sobre todo, a justificar las dimisiones. Es posible que resulte divertido juzgar con serenidad y desde afuera una política, pero a quienes la realizaron día a día, aunque más no sea con su aquiescencia, al descubrir su sentido y ver su sombra proyectada sobre el muro, no les queda otra alternativa que la ruptura. Mas este argumento puede invertirse y creo que él lo sabía: para todos esos jóvenes que en 1945 se debatían entre la buena fe y los juramentos, a través de acciones asumidas cotidianamente y cuyo sentido se alteraba en sus propias manos, Merleau-Ponty mismo fue, más de una vez, el “pensador de conjunto”.

Ellos, a su vez, lo desconocían; ignoraban el camino que había seguido. Me atrevo a afirmar, por algunas conversaciones que mantuvimos más tarde, que antes de 1939 Merleau estuvo más cerca que nunca del marxismo. ¿Qué lo alejó? Supongo que los procesos. Para que diez años después se ocuparan tan extensamente que debieron conmoverlo profundamente. Más tarde, el pacto germano-soviético apenas si lo perturbó. Más aún, se divirtió escribiendo cartas bastante "maquiavélicas" con el fin de "repartir los papeles". Los amigos, los escritos de Rosa Luxemburgo, lo habían convertido a la idea de esa "espontaneidad de las masas" que aproximaba el movimiento general a su movimiento particular; pero cuando vio aparecer detrás de ellos la Razón de Estado, se apartó.

Cristiano a los 20 años, dejó de serlo porque, decía: "Se cree que se cree, pero no >e cree nada". Más exactamente, pedía a la catolicidad la reintegración en la unidad de la inmanencia y esto era, precisamente, lo que no podía hacer: los cristianos se aman en Dios. No quiero decir, a riesgo de esquematizar, que pasó de ahí al socialismo. Pero llega el momento en que encuentra al marxismo y se interroga por lo que éste le ofrece. Descubrió que prometía la unidad futura de una sociedad sin ciases y mientras tanto, una cálida amistad de combatientes. Después de 1936 no cabía ninguna duda: el Partido lo fastidiaba. Uno de sus rasgos más constantes fue buscar siempre en todo la inmanencia perdida, ser rechazado por esa misma inmanencia hacia lo trascendente y enseguida, eclipsarse. Sin embargo no permaneció al nivel de la contradicción original; de 1950 a 1960 concibió poco a poco un nuevo vínculo del ser con la intersubjetividad; pero si en 1945 soñaba tal vez con una superación, no la había encontrado todavía.

En suma, venía de muy lejos cuando a pesar de los sinsabores experimentados, proponía ese marxismo expectante, severo y desilusionado. Y lo cierto es que él había "aprendido la historia" sin gusto, por vocación, por obstinación. También es cierto que jamás lo olvidaría. He aquí lo que **no** vieron **en** aquel momento sus amigos comunistas, más sensibles a las adhesiones sin reserva que a los acuerdos precisos y limitados. En cuanto a él, preocupado solamente en profundizar su relación con la historia, creo qUe no se hubiera expuesto a sus críticas y se hubiera obstinado en el silencio si por fortuna, no hubiéramos fundado *hes Temps Modernes.* **Tenía** la herramienta y se vio casi obligado a expresar en detalle su pensamiento.

Soñábamos con la Revista desde 1943. Yo pensaba que si la verdad es una, es menester, como ha dicho Gide de Dios, no buscarla en ningún lugar que no sea en todo. Cada producto social y cada actitud, la más íntima, la más pública, encaman alusivamente esa verdad. Una anécdota refleja toda una época lo mismo que una Constitución política. Seríamos cazadores de sentido, diríamos la verdad acerca del mundo y de nuestras vidas. Merleau me encontraba optimista: ¿estaba tan seguro que todo tenía sentido? a lo que yo hubiera podido responder que existe el sentido del sin-sentido y que en nosotros estaba el hallarlo. Y sé lo que a su vez habría respondido: ilumina cuanto quieras la barbarie, pero no disipar .s la oscuridad. Esta discusión jamás tuvo lugar. Yo era más dogmático, él más dúctil pero es una cuestión de estado de ánimo, o como se dice, de carácter. Ambos teníamos un mismo deseo: salir del túnel, ver claro. Merleau escribía: "Nuestro único recurso radica en una lectura del presente, tan completa y tan fiel como sea posible, que no prejuzgue acerca del sentido sino más bien que reconozca el caos y el sin-sentido allí donde se encuentren, pero que no se niegue a discernir en él una dirección y una idea allí

donde ellas se encuentren". Ese fue nuestro programa. Hoy, después de la muerte de Merleau, es aún el programa de la revista. No : la verdadera diferencia es lo que podríamos llamar nuestra desigualdad. Después que aprendió la historia no volví a ser su igual. Yo todavía terrogaba los hechos cuando él intentaba ya hacer hablar a los acontecimientos.

Los hechos, aunque siempre nuevos, se *repiten*: y ¿entonces? Nueva es la comedia anual de ese autor *boulevardier*. Primero fue necesario idearla; luego vinieron la reflexión y el trabajo, cada palabra fue un hallazgo; a su vez, los actores "encontraron" el tono justo, durante algunos días dijeron: "no siento el papel" y luego, repentinamente: "lo siento". Finalmente se produce lo imprevisto, el día del ensayo general la obra se convierte en lo que era o sea, la misma que todas las precedentes. El hecho confirma y recomienda, revela costumbres, viajes contradicciones y a veces, más profundamente, algunas estructuras. El mismo adulterio se comete desde hace cincuenta años, todas las noches, ante el mismo público burgués, en el corazón de París. Al limitar mis investigaciones a esas constantes yo, sin saberlo, anhelaba que nos convirtiéramos en los etnógrafos de la sociedad francesa.

Merleau-Ponty no rechazaba las constantes. Es más, amaba el retorno infantil de las estaciones y de las ceremonias, pero, por esta misma razón, echaba de menos, sin esperanzas, su infancia. Sabía que ella no volvería. Sería demasiado hermoso y la vida redonda como la tierra, si el adulto pudiera ser alcanzado por la gracia de los primeros años. Merleau, exilado, había *sentido* tempranamente aquello que yo podía sólo *saber:* no se vuelve atrás, no se puede rehacer la jugada, por su irreversibilidad la dulce contingencia natal se toma destino. Yo no ignoraba que se desciende por el curso de las cosas y que no se lo remonta jamás, pero

dînante mucho tiempo alimenté la ilusión de valer cada día un poco más, atrapado por el mito burgués del progreso. Progreso: acumulación de capitales y de virtudes; todo se guarda. En suma, me aproximaba a la perfección, era la máscara de la muerte, hoy desnuda. El se alejaba: nacido para morir, nada podía restituirle la inmortalidad de la primera edad; tal fue su experiencia original del acontecimiento.

A mediados del siglo pasado Merleau-Ponty hubiera vivido el tiempo a contrapelo, vanamente, como Baudelaire después de la "grieta". Terminada la edad de oro solamente queda la degradación. Merleau tuvo el mérito de haber evitado este mito reaccionario: degradación si se quiere, pero nuestra, no podemos sobrellevarla sin hacerla, o sea, sin producir a través de ella al hombre y sus *obras.* El acontecimiento se desploma sobre nosotros *como un* ladrón, nos arroja al foso o nos hace apoyar sobre el *muro y* apenas si nos damos cuenta. Pero en *cuanto ha* desaparecido, cotí las cacerolas atadas a la cola, hemos cambiado tan profundamente que no comprendemos ya cómo hasta entonces pudimos amar, actuar o vivir. En efecto, ¿quién recordaba en 1945 los años del 30? Muertos éstos por la ocupación, se alejaban dulcemente dejando tan sólo sus huesos. Algunos soñaban todavía con un *retomo* a la preguerra, pero Merleau sabía que era imposible, así como vano y criminal el desearlo Cuando en 1945 se preguntaba si la aventura humana habría de hundirse en la barbarie o recuperarse por el socialismo, interrogaba a la historia universal como si se tratara de su propia vida: ¿tiempo perdido? ¿tiempo recobrado? Extravío, desviación, deriva... Estas palabras de Merleau, cien veces escritas, testimonian que nada se gana sin pérdida; que el porvenir, aun el

más próximo o el más dócil, traiciona nuestras esperanzas y cálculos. Sin embargo, las más de las veces los traiciona realizándolos; nuestros actos pasados vienen a nosotros desde el fondo de los años futuros, irreconocibles pero nuestros. Había que desesperar o encontrar en ellos la cambiante razón del cambio y carentes de poder para restituir los hechos antiguos, instituirlos al menos en el centro mismo del acontecimiento que los niega. Intentaríase regular desde dentro el extraño deslizamiento al que *se* llama historia, buscando, en el movimiento que nos *arrastra*, los objetivos implícitos del hombre, para proponérselos explícitamente. Esto significaba interrogar al acontecimiento en su imprevisibilidad —sin prejuzgar nada— para encontrar en él una lógica de la temporalidad, lógica que podría llamarse "dialéctica" si entonces Merleau **no** hubiera recusado el término para llegar a repudiarlo diez **años más** tarde ([8]).

La preguerra, en suma, negaba el tiempo. Cuando un ciclón hubo derribado nuestros mucos, buscamos a los sobrevivientes entre los escombros y les dijimos: no es nada. Y lo más sorprendente es que nos creían. Merleau-Ponty "aprendió la historia" más rápido que nosotros, porque sentía el transcurso del tiempo con un goce doloroso y pleno. Esto lo convirtió, sin que lo hubiera deseado y sin que nadie se diera cuenta, en nuestro comentarista político.

Había entonces en *Temps Modernes* un comité de redacción falto de homogeneidad. Jean Paulham, Raymond Aron, Albert Ollivier, eran sin duda nuestros

---

[8] , En 1945 no se pronunció; encontraba demasiado ambiciosa •Wodern^ra Para aP^icarla a Ia modesta actividad de Les Temps

amigos. Pero, sin el conocimiento de todos y de nosotros en primer lugar, no compartíamos ninguno de sus pensamientos. Nuestra pasiva coexistencia había sido de hecho y hasta la víspera una estrecha camaradería. Unos venían de Londres, otros de la clandestinidad. Pero la Resistencia se disgregó y cada uno volvió a su lugar natural; unos al *Fígaro*, otros al R.P.F. o a la N.N.R.F. Los mismos comunistas, que con un artículo de Kanapa colaboraron en el primer número, se despidieron. Golpe duro para quienes quedamos, pues carecíamos de experiencia. Merleau salvó la revista haciéndose cargo de ella como redactor en jefe y director político. Esto surgió de suyo; ni me ofreció sus servicios ni yo me permití "elegirlo"; después de un tiempo, comprobamos que él desempeñaba esa doble tarea y que no podía dimitir sin aniquilar la revista. Sólo discutimos sobre un punto; como en la portada había desaparecido el comité de redacción, propuse a Merleau la inclusión de su nombre junto al mío, con lo cual la revista hubiera tenido dos directores. Se negó rotundamente. Durante los años siguientes insistí cientos de veces esgrimiendo este único argumento: hubiera correspondido mejor a la verdad. A su vez, cien veces, sonriente y calmo, mantuvo su rechazo fundándolo en razones de circunstancia, nunca las mismas. Como éstas cambiaban sin cesar, no así su posición, llegué a la conclusión que me ocultaba *sus* verdaderos motivos. Se lo hice notar y se defendió débilmente; no quería engañarme sino acabar con la discusión. Por otra parte, cualquiera fuese el asunto, nunca le agradó llevar el debate a fondo. Merleau ganó al fin; hoy sé tanto como en 1945. ¿Modestia?, no creo, pues no era cuestión de compartir honores sino responsabilidades. No obstante se me ha dicho: "en esa época usted era más conocido y él tenía demasiado orgullo para aceptar los beneficios de esa notoriedad". Es cierto, yo era más conocido y no

me jactaba de ello; era la época de los *rats de cate* y de los suicidios existencialistas; tanto la prensa seria como la otra me cubrían de mierda. Era famoso a causa de un malentendido. Pero aquéllos que en *Samedi Soir* leían el interesante relato de una doncella que, al parecer, yo había traído a mi habitación para mostrarle un *camembert,* no leían *Les Temps Modernes,* más aún, ignoraban su existencia. En cambio, los verdaderos lectores de la revista conocían por igual tanto a uno como a otro, habían leído nuestros ensayos, preferían ya los míos, va los de Merleau, o los rechazaban gentilmente. El lo sabia tan bien como yo; leíamos y nos mostrábamos las cartas qre recibíamos. En general, su público, el mío y el de *Temps Modernes* era el mismo, el mejor que podíamos esperar, que no disparaba sobre el pianista y lo juzgaba sólo por su trabajo sin ocuparse de lo demás. Merleau no se beneficiaba ni se perjudicaba con mí dudosa reputación. ¿Acaso temía comprometerse?, nada más ajeno a él. La prueba es que publicó en la revista y con su firma, artículos que provocaron escándalo. Entonces, ¿por qué se obstinaba en firmar T.M. editoriales que yo aceptaba sin reservas, pero concebidos y redactados por él hasta la última palabra? Se me atribuyeron caprichosamente todos los artículos que Merleau no firmaba, lo cual se comprende en tanto yo pretendía ser el único patrón a bordo. El año pasado, hojeando bibliografía extranjera, descubrí que yo era el autor de su artículo sobre los campos soviéticos, el *mismo* que él ha reconocido y legitimado en su último libro. ¿Por qué no lo firmó en 1950 si después lo reconocería? ¿Por qué lo retomó diez años más tarde si en un principio no quiso firmarlo?

¿Por qué dio a la revista tcdos estos bastardos si sólo dependía de él “regularizarlos?, son tcdos estos problemas que no me propongo contestar. Mientras

tanto, había que seguir adelante y por tal razón optó por la explicación más cómoda: él amaba su independencia y no se hubiera dejado atar por nada, salvo por este acuerdo tácito, renovado en cada número, que no comprometía a ninguno y que podía romperse en cualquier momento. Ahora *pienso* que quizás desconfiaba de mí, conocía mi incompetencia, temía mi celo; si se me ocu- triera hablar de política, ¿adonde iríamos a parar? Tengo sólo una prueba de esta desconfianza: en 1947 publiqué en la revista *¿Qué es la literatura?* Merleau leyó las primeras pruebas y creyó encontrar una frase en la que, como se estilaba entonces, se identificaban fascismo y "stalinismo" bajo la denominación común de "regímenes totalitarios". Yo estaba en Italia y me escribió de inmediato: recibí su carta en Nápoles y aún recuerdo mi estupor: "Si realmente —me decía en resumen— aplicas la misma vara al nazismo y al comunismo, te ruego aceptes mi renuncia". Felizmente pude demostrare que se trataba da un error tipográfico. El asunto terminó allí, pero pienso que el mismo da la medida de su desconfianza. En primer lugar el texto, en las pruebas, era incomprensible y estaba visiblemente mutilado; además, Merleau no ignoraba que yo no hubiera cometido jamás una tontería semejante; por último, su dimisión fue ofrecido con demasiada prisa. En suma, todo indica que él esperaba lo peor. Pero *lo* que más me asombra es su temor de que yo virara *hacia la derecha.* ¿Por qué? ¿Me consideraba derechista por temperamento? ¿O temía simplemente que la hiena con estilográfica, acosada por los chacales, postulara su ingreso al Pen Club? De cualquier modo, se precavía contra mis descuidos: si uno de ellos resultaba inexcusable, podía retirarse en veinticuatro horas. Este dispositivo de alarma funcionaba todavía cinco años después, cuando un desacuerdo político nos separó. No obstante Merleau no lo utilizó, y permaneció a mi lado

mientras consideró que nuestras contradicciones podían superarse. Su carta de 1947 demuestra que hubiera abandonado en el aero la revista si yo la hubiera inclinado tras las huellas de la derecha; cuando yo tomé mi izquierda, aceptó comprometerse: creía ver ya el abismo, la inminencia del vuelco y sin embargo, permaneció a mi lado decidido a saltar sólo a último momento. Durante **mucho** tiempo pensé que se había equivocado al no acompañarme a la picota, puesto que una pública colaboración nos hubiera obligado a concesiones recíprocas y nos hubiera conducido a un acuerdo para salvar la dirección colegiada. Desde hace algún tiempo me inclino a pensar que tuvo razón: en 1952 nuestra diferencia no podía ya ni *ocultarse ni destruirse, por* cuanto no dependía de nuestros humores **sino** de la **situación,** y si pudimos contemporizar largo tiempo fue, precisamente, porque el nombre de Merleau no se pronunció. La clandestinidad de nuestros vínculos, prevista para facilitarle la retirada, nos permitió permanecer juntos hasta el último momento. La separación aconteció en silencio, no tuvimos necesidad de proclamarla, de convertirla en una desavenencia pública. Quizás fue ésto lo que salvó nuestra amistad.

Estas actitudes cautelosas le valieron entre los medios que frecuentábamos, la reputación de eminencia gris. Nada más falso, *pues no era* consejero de nadie; dueño de su situación como yo de la mía, su papel era como el mío decidir y escribir.

Sin embargo me pedía con extrema insistencia que leyera sus artículos: los que firmaba T. M. y comprometían a la revista, los que llevaban su nombre y sólo comprometían a él. Entendámonos: esta actitud *se parece* a la de un empleado o un funcionario que descarga su responsabilidad en el superior. En realidad es todo lo contrario: Merleau era su único jefe. Se orientaba mejor que yo en el mundo ambiguo de la

política. Yo lo sabía y es poco decir que le tenía confianza; al leerlo me parecía que me revelaba mi propio pensamiento. No obstante, nuestro *gentleman s agreement* exigía que me consultara; anónimo, no quería endosarme sus escritos. Lo hacía con toda delicadeza, sin ignorar que yo balbuceaba aún esa nueva lengua en la que *él se expresaba. Es así que no* queriendo contradecirme ni seducirme me mostraba sus manuscritos sin comentarios. En los primeros tiempos debió hacer grandes esfuerzos para que los leyera ya que, perdido en el laberinto *de la* política, *yo* aprobaba todo de antemano, precipitadamente, y luego huía. Merleau advertía mi retiro v trataba de violentarlo, lo encontraba de pronto delante mío, sonriente» ofreciéndome su manuscrito. “Estoy de acuerdo”, balbuceaba yo. “Me alegro” contestaba sin inmutarse, y señalando con la mano izquierda las hojas que me ofrecía con la derecha, agregaba con paciencia: “De todos modos deberás leerlas”.

Yo leía, me instruía y la Isctura terminaba apasionándome.

Merleau fue mi guía y *Humanismo y Terror* me permitió pegar el salto. Este pequeño libro tan denso me descubrió el método y el objeto y me dio el empujón necesario para arrancarme de mi inmóvilismo. Se sabe que en todas partes provocó escándalo. Los comunistas que hoy lo aceptan sin reservas, entonces lo vomitaron, pero, sobre todo en la derecha, el libro produjo gran alboroto. Una frase que asimilaba el opositor al traidor e inversamente, el traidor al opositor, fue la que encendió la chispa. En el espíritu de Merleau ella se aplicaba a sociedades inquietas y amenazadas que se estrechan en tomo a una revolución. Quiso verse en ella una condenación sectaria de cualquier oposición a Stalin. En pocos días Merleau se convirtió en el hombre con el cuchillo entre los dientes. Cuando Simone de Beauvoir visitó en New York a los redactores de

Partisan Review, estos no disimularon su fastidio: éramos manejados, la mano de Moscú sostenía la pluma de nuestro padre José. ¡Pobre gente! Cierto día, **en casa** de Boris Vian, Camus en un aparté reprochó a Mer**leau** el haber justificado los procesos. Fue penoso: aún los veo, Camus alterado, Merleau-Ponty cortés y firme, un poco pálido, permitiéndose uno y eludiendo el otro los fastos de la violencia. De pronto Camus se retiró. Corrí detrás suyo acompañado de Jacques Bost y lo alcanzamos en la calle desierta. Traté de explicarle lo mejor que pude el pensamiento de **Merleau,** cosa que éste no se había dignado hacer. El resultado fue que nos separamos disgustados hasta que seis meses después un encuentro causal nos reconcilió. Es un desagradable recuerdo; ¡Qué estúpida ocurrencia la de ofrecer mis buenos oficios! En verdad, yo estaba a la derecha de Merleau y a la izquierda de Camus; no sé qué humor negro me sugirió oficiar de mediador °ntre dos amigos que más tarde me reprocharían, uno después del otro, mi amistad con los comunistas y que murieron Jos dos sin reconciliarse.

En realidad, con esta pequeña frase que causó tanto escándalo, que todo el mundo acepta hoy como una verdad primera y universalmente válida, más allá de los límites que le asignaba su autor, Merleau no hizo más que aplicar a otras circunstancias aquéllo que la guerra le había enseñado: no se nos juzgará solamente por nuestras intenciones; más que los efectos voluntarios de nuestros actos, lo que dará la medida de nuestra capacidad, serán los resultados involuntarios que hemos presentido, explotado y en todo caso asumido. “El hombre de acción, ha escrito más tarde citando a Hegel, tiene la certeza de que por su acto la necesidad se tornará contingencia, necesidad” De golpe planteaba a la historia el verdadero problema filosófico: ¿qué es un viraje? ¿qué es una desviación? Comenzamos con

mal tiempo y viento en contra, perseveramos estoicamente, envejecimos en la desventura; y he aquí el resultado. ¿Qué queda de los antiguos objetivos? ¿Qué ha desaparecido? Una sociedad nueva ha nacido en el camino, forjada en la acción, desviada por su propia desviación: ¿qué puede aceptar? ¿Qué debe rechazar a riesgo de romperse los huesos? Y cualquiera sea la herencia, ¿quién sabrá si ha seguido el camino más corto o si hay que atribuir los meandros a la incapacidad de todos?

A través de esta rigurosa justicia de la injusticia, que salva a los malos por sus obras y que condena al infierno a los hombres de buena voluntad por actos cometidos con toda pureza de sentimiento, yo descubrí, finalmente, la realidad del acontecimiento. En una palabra, Merleau fue quien me convirtió. En lo más profundo de mi alma era yo un nostálgico del anarquismo, interponía un abismo entre los vagos fantasmas de lo colectivo y la ética precisa de mi vida privada.

El me sacó del engaño: esta empresa ambigua, razonable y loca, siempre imprevisible y siempre prevista que alcanza sus objetivos cuando los olvida, que los soslaya cuando quiere serles fiel, se anonada en la falsa pureza del fracaso y se degrada en la victoria, abandona a veces al empresario en el trayecto o lo denuncia cuando ya no se siente responsable.

Con Merleau aprendí a encontrar la empresa en todas partes, en lo más íntimo de mi vida o en el gran día de la historia, asi como también que sólo hay un acontecimiento, el mismo para todos y que nos hace haciéndose acción; acción que nos destruye al transformarse, a través de nosotros, en acontecimiento y que después de Hegel y Marx denominamos *praxis.* En una palabra, me reveló que yo hacía la historia como el señor Jourdain la prosa; el curso de las cosas hizo crujir las últimas defensas de mi individualismo,

arrebató mi vida privada y me encontré en los mismos lugares de los cuales había comenzado a huir: me conocí, más oscuro en plena luz, de lo que hubiera creído, y mil veces más rico. Era tiempo. Nuestra época exigía de todos les hombres de letras que hicieran una disertación de políticí francesa; yo me preparaba para esta prueba. Merleau me instruyó sin proponerse enseñar, con su experiencia, con las consecuencias de sus escritos. Si como él decía, la filosofía debe ser una "espontaneidad que enseña", puedo afirmar que fue para mi el filósofo de su política. Respecto a ésta, estoy convencido que no podríamos tener otra y que era la más conveniente. Para durar es preciso comenzar bien; en nuestro caso el comienzo partió de Merleau y fue excelente. La prueba es que nuestros lectores nos siguieron en todos nuestros virajes, y ya cerca de los diecisiete años de la aparición del primer número de *Temps Modernes* los abonados han aumentado regularmente y exageraría si dijera que algunas docenas nos abandonaron.

En 1945 era posible elegir entre dos posiciones. Dos y no más. La primera y la mejor era dirigirse solamente a los marxistas y denunciar la revolución aniquilada en germen, la Resistencia asesinada y el desmembramiento de la izquierda. Algunos periódicos adoptaron valerosamente esta posisión y desaparecieron sin ser oídos: era la época feliz en la que se tenía ojos para no ver, oídos para no escuchar. Estoy lejos de creer que esos fracasos condenaron sus tentativas, mas aun, estoy convencido que hubiéramos podido imitarlos sin zozobrar. La fuerza v la debilidad de esas revistas era Ja de atrincherarse en el terreno político; la nuestra, en cambio publicaba novelas, ensayos literarios, testimonios y documentos. Esta diversidad la sostenía. Pero, para denunciar la revolución traicionada, era necesario ser, ante todo,

revolucionario. Merleau apenas lo era *y yo* todavía no. A pesar de nuestras simpatías por Marx no teníamos ni siquiera el derecho a declaramos marxistas. Ahora bien, la Revolución no es un estado de ánimo sino una práctica cotidiana esclarecida por una teoría. Y si no basta haber leído a Marx para ser revolucionario, tarde o temprano se; concluye por encontrarlo cuando se milita en las filas de la Revolución. El resultado es claro: sólo hombres formados en esta disciplina podían criticar con eficacia a la izquierda; era preciso entonces, en ese momento, que pertenecieran de algún modo a los medios trostkistas. Pero, de pronto, y sin que fueran responsables, esa pertenencia los descalificaba; en esta Izquierda mistificada que soñaba con la unión, ellos aparecían como "divisionistas". Merleau-Ponty percibía también claramente las amenazas, advertía el quietismo de la clase obrera y conocía las razones. Pero si hubiera mostrado a los trabajadores amordazados, encadenados, mistificados y frustrados en su victoria, si este intelectual burgués hubiera derramado lágrimas para provocar las de los lectores, hubiera caído en la más baja demagogia. Cuando, por el contrario, llegaba a la conclusión de que el proletariado se hallaba de vacaciones, era sincero y fiel consigo mismo. También lo era yo cuando aprobaba sus conclusiones. ¿Revolucionarios nosotros? ¡Vamos! La revolución se nos presentaba como el más amable de los mitos, algo así como una idea kantiana; yo repetía la palabra con respeto pero no sabía nada de la misma. Intelectuales moderados, la Resistencia nos había empujado hacia la izquierda, mas no lo suficiente; y luego ella había muerto. Abandonados a nosotros mismos, ¿qué éramos y qué podíamos ser sino reformistas?

Quedaba la otra actitud, que no elegimos puesto que se nos impuso. Surgidos de la clase media intentamos establecer un lazo de unión entre la pequeña burguesía intelectual y los intelectuales comunistas. La burguesía

nos había engendrado, nos había dejado en herencia su cultura y sus valores, pero la ocupación y el marxismo nos habían enseñado que ni una ni otro eran suficientes. A los amigos del Partido Comunista les reclamábamos los instrumentos necesarios para arrancarle a los burgueses su humanismo. A todos los amigos de la izquierda les pedíamos que trabajaran con nosotros. Merleau escribía: "No estábamos equivocados en 1939 al querer la libertad, la verdad, la felicidad, relaciones transparentes entre los hombres sin renunciar al humanismo. (Pero) la guerra... nos ha enseñado que esos valores son nominales... Sin una infraestructura económica y política que los incorpore a la existencia". Es cierto que esta posición, que podríamos considerar ecléctica, no era a la larga sostenible, pero la situación francesa e internacional la convertían en la única posible. ¿Por qué debíamos ser más papistas que el Papa? Es un hecho que habíamos olvidado la lucha de clases, pero no éramos los únicos. Los acontecimientos nos habían escogido para testimoniar lo que en 1945 quería la *intelligentzia* pequeño-burguesa, en el momento en que los comunistas habían perdido los medios y la intención de derribar al régimen. A mi entender aquélla deseaba paradojalmente que el Partido Comunista hiciera concesiones reformistas y que el proletariado francés recuperara su agresividad revolucionaria. La paradoja es sólo aparente; esta clase chauvinista, exasperada por cinco años de ocupación, temía a la URSS, pero se hubiera avenido a una revolución "de entre casa". Sin embargo existen gradaciones en el ser y en el pensamiento y cualesquiera hubieran sido las exigencias de ese reformis- mo revolucionario y chauvinista, Merleau no se hubiera interesado en ser el portavoz de un proletariado tricolor. Simultáneamente con lo que otros hacían en diversos países, había emprendido un amplio trabajo de confrontación aportando nuestros conceptos

abstractos al marxismo, que al asimilarlos se transformaba.

Hoy la tarea es más fácil pues los marxistas, comunistas o no, la retomaron por su cuenta. En 1948 era tan espinosa que los intelectuales del Partido Comunista no se molestaban en mandar a paseo a esos dos burgueses sospechosos, de manos vacías, que se habían proclamado compañeros de ruta sin que nadie se lo hubiera pedido. Era necesario defender la ideología marxista sin ocultar nuestras reservas y vacilaciones, avanzar un trecho con los jóvenes que gozaban de nuestra simpatía y que, a su vez, nos consideraban intelectuales-policías, responder sin insultos ni rompimientos, criticar moderada pero libremente a esos hipersensibles que no toleraban ni una restricción, afirmar, a despecho de nuestra soledad, que marchábamos a su lado, arlado de la clase obrera —al leernos los burgueses se escandalizaban—, no vacilar, cuando fuera necesario, en temar la delantera al Partido Comunista, como lo hicimos al comienzo de la guerra de Indochina, luchar por el apaciguamiento y la paz en nuestra revista "confidencial" como si se tratara de un periódico de gran tiraje, cuidamos de toda pasión virtuosa, en particular de la vanidad y de la cólera, predicar en el desierto como ante la multitud sin perder de vista, no obstante, nuestra extrema pequenez, recordar siempre que no es necesario triunfar para perseverar pero que la perseverancia tiene como fin el triunfo. A pesar de las burlas y de los golpes bajos, Merleau-Ponty trabajó diligentemente, con gusto, sin desfallecimientos; era su oficio. No ha develado —¿pero quién lo hizo?— la realidad de 1945, aunque sacó provecho de la ilusoria unidad francesa para permanecer lo más cerca posible de los comunistas, para entablar con ellos negociaciones tan imposibles como necesarias y para establecer las bases, más allá de

Marx, de lo que él denominaba a veces, “un pensamiento de izquierda”. En un sentido Merleau fracasó, porque el pensamiento de izquierda es, ni más ni menos, el marxismo. Pero la historia lo recupera todo, salvo la muerte, y si hoy el marxismo está en vías de representar *todo el pensamiento de izquierda* lo debemos, en primer lugar, al esfuerzo de un puñado de hombres entre los cuales él se encontraba. Los pequeños burgueses —como ya he dicho— se deslizaban bajo la izquierda; desde todas partes hubo movilizaciones para impedirlo, pero el deslizamento terminó en las posiciones avanzadas: Merleau- Ponty fue el que supo dar la expresión más radica! al deseo común de unión democrática y de reforma.

Dos años de bonanza y después la declaración de guerra fría. Merleau vio y denunció inmediatamente la generosidad de ogro que ocultaban las homilías de Marshall. Fue la época de los reagrupamientos. El Partido Comunista se endureció y nuestra derecha huyó hacia el centro. Simultáneamente, *se* comenzaba a escuchar la matraca del R.P.F. La burguesía levantó cabeza, se bautizó tercera fuerza y puso en marcha la política del cordón sanitario. Nos presionaban para que eligiéramos, Merleau se negó. Algunas veces debió aferrarse a la barra. “Golpe de Estado en Praga”, huelgas en cadena, fin del gobierno tripartito, triunfo degaullista en las elecciones muncipales. Merleau había escrito : “La lucha de clases está encubierta”; se desenmascaró. Sin embargo, nos obstinamos en nuestro ofrecimiento de mediación, que nadie tomaba en serio, más seguros de encamar en nosotros dos la unidad de la izquierda cuanto que no había en esa época ningún otro representante de la misma. Nació el R.D.R. (9), mediador neutral entre los bloques, entre la fracción avanzada de la pequeña burguesía reformista y los obreros revolucionarios. Me ofrecieron entrar; acepté

dejándome persuadir que el R.D.R[9]. tenía nuestros mismos objetivos. Merleau, solicitado por otros, prestó su adhesión por solidaridad conmigo. No tardé en comprender que me había equivocado. Para estar cerca del Partido Comunista y para que éste admitiera la crítica era necesario, en primer lugar, que apareciéramos como políticamente ineficaces dejando trasuntar, al mismo tiempo, otra clase de eficacia. Merleau-Ponty era el hombre indicado; solitario, sin partidarios ni celadores, su pensamiento siempre original y renovado descansaba solamente en su propia autoridad. El *Rassemblement* por el contrario, por pequeño que fuese o aceptase ser, descansaba en la fuerza del número, y por ello —aún cuando un instante después hubiese deseado suspenderlas — abría inmediatamente las hostilidades: ¿dónde reclutaría sus partidarios revolucionarios sino en los medios comunistas o filocomunistas? El Partido, erizado, desde el primer momento lo consideró como enemigo ante el estupor de sus adherentes. La ai, biguedad de esta situación originó nuestras divisiones internas; unos, disgustados, se inclinaron hacia la derecha, an en general los "responsables"; otros, la mayoría, pretendió permanecer inquebrantables, se alinearon bajo la acción social de P C F. Estos últimos, entre los que nos contábamos, reprochaban a los primeros el abandono del programa 'nicial. ¿Dónde está vuestro neutralismo?", les preguntabamos; éllos, a su vez, nos respondían: "¿Y el vuestro?".

Merleau descubrió antes que yo nuestro error. Descubrió que un pensamiento político no se encama fácilmente si no se lo asume hasta sus últimas

---

[9] Rassemblement démocratique et révolutionnaire, movimiento político de izquierda inspirado fundamentalmente por intelectua- <N. del T.)

consecuencias y si no es posible continuarlo cuando es necesario. ¿No será que en 1948, como anteriormente en 1941, Merleau no podía dejar de manifestar un cierto desprecio por las agrupaciones demasiado jóvenes, sin raíces ni tradiciones? La verdad es que nunca apareció por el comité directivo del cual era, sin embargo, miembro fundador. Esto es al menos lo que ha llegado a mis oídos, pues yo tampoco asistía con mucha frecuencia. Tal vez temía con razón que desnaturalizáramos su empresa y que *Les Temps Modernes* apareciera como el órgano mensual del R.D.R. Sin embargo no me dijo nada, ya porque compartía mi imprudencia, ya porque no quería reprochar la mía, esperando que los acontecimientos me abrieran los ojos. En suma, dirigía la revista como siempre y me dejaba pelear, solo y a intervalos, bajo la bandera de la neutralidad. Sin embargo en la primavera de 1949 nos pusimos de acuerdo: R.D.R. no era ya visible. El Movimiento de la Paz dirigido entonces por Yves Farge iba a celebrar un congreso en París. Desde ese momento el *Rassemblement* se apresuró a invitar personalidades americanas y algunos días después del congreso dedicó las "Jornadas de estudios" a la Paz. Por descontado que la prensa de derecha divulgaría la noticia, ya que estas jornadas pacifistas no eran sino una maniobra inspirada o al menos favorecida por los americanos. Richard Wright, insistentemente solicitado por la embajada norteamericana para que hiciera uso de la palabra, vino a verme perturbado: ¿hasta dónde iríamos?. Merleau se unió a nosotros; los tres decidimos no asistir a las deliberaciones y dimos a conocer una carta firmada en común en la que explicábamos nuestra abstención. La guerra de las dos paces se hizo sin nosotros. En el *Vél d'Hiv se* pudo escuchar a un americano alabar la bomba atómica pero nadie pudo decir que nosotros estuvimos allí. Los militantes se indignaron; en junio de 1949 manifestaron

a la dirección lo que pensaban de ella. Yo me uní a los descontentos. Asesinamos el R.D.R. y partí para Méjico, desilusionado pero sereno. Merleau no había concurrido al congreso pero su opinión no dejaba lugar a dudas: “Fue necesaria —pensaba yo— esta desagradable experiencia para comprender completamente su pensamiento”. En realidad no faltó nada para que la sin razón tan razonable de la política nos hiciera caer en un anticomunismo que nos repugnaba y que sin embargo, hubiera sido necesario asumir.

Volví a ver a Merleau en otoño y le manifesté que lo había comprendido. No más política activa, la revista y sólo la revista. Le presenté proyectos: ¿por qué no dedicar un número a la URSS? Al parecer nuestro acuerdo era perfecto, nuestros puntos de vista se confundían. De ahí mi asombro ante el poco eco que encontraban mis proposiciones; si al menos me hubiera demostrado que eran absurdas, pero no, las dejaba caer silencioso y melancólico. Nuestro acuerdo comenzó a resquebrajarse en el momento en que me parecía, por fin, perfecto. Tuvimos noticias de los campos soviéticos. La documentación nos llegó al mismo tiempo que a Rousset pero a través de otra fuente. El editorial de Merleau apareció en el número de enero de 1950. Volvió a publicarse en *Signes.* Esta vez llevé mi interés hasta pedirle que me lo mostrara aún antes de que él me lo hubiera propuesto. No perdí una palabra y lo aprobé sin reservas, especialmente la fidelidad del autor para consigo mismo. Refiriéndose a los hechos concluía el primer parágrafo: “Si los prisioneros de los campos de concentración son diez millones —mientras que en el otro extremo de la jerarquía soviética los salarios y el nivel de vida son de quince a veinte veces más elevados que los de los trabajadores libres— entonces... todo el sistema vira y cambia de sentido y a pesar de la nacionalización de los medios de

producción y aunque la explotación privada del hombre por el hombre y la desocupación sean imposibles en la URSS, nos preguntamos qué razones tenemos todavía para hablar de socialismo refiriéndonos a ella". ¿Cómo podían los trabajadores soviéticos tolerar en su tierra este ofensivo retorno a la esclavitud? Porque, respondía, se ha llegado a ello poco a poco, "sin una intención deliberada, de crisis en crisis, de expediente en expediente". Los ciudadanos soviéticos conocen el código, saben que los campos existen, 0 1ue ignoran es, quizás, el alcance de la represión y si lo descubren es demasiado tarde porque se han habituado gradualmente a la misma. "Muchos jóvenes héroes... funcionarios capaces que no han conocido jamás el espíritu crítico y la discusión propios de 1917, continúan pensando que los detenidos son exaltados, asociales, hombre de mala voluntad ... Los comunistas del mundo entero esperan que, por una suerte de mágica emanación, las fábricas y las riquezas produzcan un día al hombre integral aunque para ello sea necesario reducir a la esclavitud a diez millones de rusos". La existencia de los campos permite evaluar —decía Merleau — las ilusiones de los comunistas de hoy. Pero inmediatamente agregaba: "esta ilusión es la que impide confundir al comunismo con el fascismo. Si nuestros comunistas aceptan los campos y la opresión es porque esperan la sociedad sin clases... Los nazis jamás alentaron ideas tales como el reconocimiento del hombre por el hombre, el internacionalismo o la sociedad sin clases. Es cierto que las ideas no encuentran en el comunismo de nuestros días un intérprete fiel... no obstante, ellas perviven". Más explícitamente continuaba: "tenemos los mismos valores que un comunista... podemos creer que el comunismo de hoy compromete esos valores al encarnarlos. Pero lo cierto es que también son los nuestros y que, por el contrario, no tenemos nada en común con la mayoría de los adversarios del

comunismo... La URSS se encuentra situada *grosso modo*. .. del lado de las fuerzas que luchan contra las formas de explotación que conocemos ... No es necesario ser indulgentes con el comunismo, pero en ningún caso se puede pactar con sus adversarios. La única crítica sana tanto dentro como fuera de la URSS es la que se dirige contra la explotación y la opresión".

Nada más claro. Cualesquiera sean sus crímenes, la URSS tiene sobre las democracias burguesas el temible privilegio del objetivo revolucionario. Refiriéndose a los campos, un inglés decía: "Son sus colonias". A lo que Merleau responde: "Por lo tanto nuestras colonias son —*mutatis mutan- dis*— nuestros propios campos de trabajo". Pero estos campos no tienen otro fin que el de enriquecer la clase privilegiada; más criminales aún son quizás los de los rusos porque traicionan la revolución pero, al menos, se los creó creyendo servirla. Es posible que el marxismo se haya degenerado, que **las** dificultades internas y la presión exterior hayan deformado el régimen, desviado las instituciones y apartado al socialismo de su curso, sin embargo, no es posible establecer un parangón entre Rusia y las otras naciones ya que sólo se **la** puede juzgar si se acepta su empresa y en nombre de ésta.

En suma, cinco años después de su primer artículo, en un momento de extrema gravedad, Merleau retornaba a los prin**cipios** de su política al lado del partido, próximo pero nunca dentro. El Partido era nuestro único polo y una oposición **desde** fuera, nuestra única actitud hacia él. Atacar solamente **la** URSS era absolver a Occidente. En este firme propósito **se** encontrará un eco del pensamiento trostkysta: si la URSS **es** atacada —decía Trostky— es necesario defender las bases **del** socialismo; en cuanto a la burocracia stalinista, no es el capitalismo, sino el

proletariado ruso el que se encargará de ajustarle las cuentas.

Pero la voz de Merleau se ensombrece; habla fríamente, sin cólera, sin violencia, casi sin vida, como si experimentara los primeros síntomas de esa lasitud del alma que es nuestro **mal** común. Si retomamos los textos de 1945 y los comparamos con los posteriores, podremos estimar el alcance de sus desilusiones y el desgaste de sus esperanzas. En 1945, expre**saba:** "hacemos sin ilusión la política del P.C.". En su artículo **de 1950:** "Poseemos los mismos valores que mi comunista". Y para mostrar mejor la debilidad de este vínculo puramente moral, agregaba: "Se me dirá que los comunistas no tienen valores... Los tienen *a pesar de ellos".* Estar de acuerdo con **ellos** significa atribuirles nuestros principios aun sabiendo **que** los rechazan; en cuanto al acuerdo político no vale la pena ni hablar. En 1945 Merleau rechazaba todo pensamiento o acción que amenazara perjudicar la resurrección **del** proletariado; en 1950 se rehúsa tan sólo a condenar la **opresión** únicamente en Rusia: se la denuncia en todas partes **0 en** ninguna. En 1945 la URSS le parecía ambigua pues **encontraba** en ella tanto "signos de progreso como síntomas **e regresión".** Esta nación salía de una terrible prueba y la **esperanza** estaba permitida. En 1950, después de la revela- **C1 n de** los campos de concentración, Merleau se preguntaba:

'¿Qué razón tenemos todavía para hablar de socialismo?". Una sola concesión: la URSS está ubicada *grosso modo* en el lado correcto de la barricada, junto a las fuerzas que luchan contra la explotación. Nada más; el objetivo revolucionario, "producir el hombre integral", se reduce en el contexto de 1950 a no ser más que una ilusión de los partidos comunistas. Se diría que en esa época Merleau se encontraba en una encrucijada y se resistía a elegir. ¿Seguirá prefiriendo la URSS para permanecer fiel a sí

mismo, a las clases desposeídas? o ¿dejará de interesarse en esa sociedad con sus campos de concentración? Si ha comprobado que la URSS está hecha de la misma arcilla que las potencias de rapiña ¿por qué exigirle más que a éstas? Un último escrúpulo lo retiene: "La decadencia del comunismo ruso no significa que la lucha de clases sea un m ito... ni, en general, que la crítica marxista haya caducado".

¿Estábamos tan seguros de poder rechazar el régimen stalinista sin condenar al marxismo? Bloch-Miehel me envió una carta indignada que en resumen decía: ¿"Cómo no comprende usted que la economía soviética tiene necesidad de una mano de obra servil y que ella recluta sistemáticamente cada año millones de trabajadores subalimentados y super- explotados?". Si Bloch-Michel tenía razón, Marx nos había arrojado de una barbarie a otra. Merleau leyó la carta y no la consideró convincente; encontramos en ella una pasión legítima, argumentaciones sentimentales, no racionales. No importa, ¿quién sabe si mejor pensada, fundamentada por hechos y argumentos comprobados aquélla no hubiera ganado nuestra adhesión? Las dificultades de la industrialización en el período de acumulación socialista, el aislamiento, la resistencia campesina, la necesidad de asegurar el abastecimiento, los problemas demográficos, la desconfianza, el terror y la dictadura policial, todo este conjunto de hechos y de consecuencias bastaban para abrumarnos. Pero ¿qué hubiéramos hecho, qué hubiéramos dicho si se nos hubiera demostrado que el régimen de los campos de concentración era una exigencia de la infraestructura? Hubiera sido necesario conocer mejor la URSS y su régimen de producción. Años más tarde volví sobre el asunto liberándome de esos temores al mismo tiempo que los campos desaparecían. Durante el invierno de 1950 experimentábamos una sorda incertidumbre: la fuerza de los comunistas consiste en que no podemos

inquietamos por nosotros mismos; por inadmisible que parezca su política no es posible alejarse de ellos —al menos en nuestros viejos países capitalista^— sin cometer, en cierto modo, una traición. Entre preguntarse: “¿Hasta dónde puede llegar?” y “¿Hasta dónde los puedo seguir?”, no hay, por cierto, ninguna diferencia. Existe una moral de la política —cuestión difícil y nunca tratada de manera clara— y cuando la política debe traicionar su moral, elegir la moral es traicionar la política. Arduo es desentrañar todo esto, sobre todo cuando la política tiene por objeto el advenimiento del reino del hombre. En el momento en que Europa descubría los campos, Merleau sorprendía por fin, al desnudo, la lucha de clases. Las huelgas y la represión, las masacres de Madagascar, la guerra del VietNam, el maccartysmo y el miedo de los americanos, el retorno del nazismo, el poder omnipotente de la iglesia que amparaba hipócritamente bajo su capa el renacimiento del fascismo: todo hacía sentir el hedor de la carroña burguesa. ¿Cómo entonces condenar públicamente la esclavitud del Este sin abandonar a la explotación los explotados de nuestro país? Pero, ¿podíamos nosotros colaborar con el Partido si era encadenar a Francia y cubrirla de alambradas? ¿Qué hacer? ¿Golpear a ciegas a izquierda y derecha a dos gigantes que no sentían nuestros golpes? Era una mísera solución. Merleau la proponía en ausencia de otra mejor. Yo no entreveía ninguna, pero me inquietaba. No habíamos movido ni siquiera un dedo, simplemente el sí se había transformado en no. En 1945 decíamos: “Señores, amigos de todo el mundo y en primer lugar de nuestro querido P.C .”.Cinco años más tarde: “Somos enemigos de todos pero el Partido es el único que tiene el privilegio de poseer todavía el derecho a nuestra severidad”. Aunque sin hablar de ello, ambos teníamos el sentimiento de que esta objetividad de “conjunto” no nos llevaría muy lejos. No

elegimos cuando se imponía para todos una elección y quizás tuvimos razón. Entonces nuestra universal aversión pudo dilatarla algunos meses pero no ignorábamos que ya fuésemos directores de un cotidiano o de un semanario, hacía mucho que debíamos haber elegido entre tomar una decisión o reventar. El carácter un tanto confidencial de la revista nos aseguraba un respiro, pero nuestra posición, antes que nada política, arriesgaba transformarse poco a poco en moralismo. Nunca descendimos al nivel de la sensiblería, pero mientras en torno nuestro proliferaban los buenos sentimientos, las colaboraciones disminuían, decrecía nuestro dinamismo y, en general, nadie se mostraba dispuesto a colaborar con nosotros.

En China me mostraron las estatuas de dos traidores en el fondo de una fosa. Aún se escupe sobre ellas y después *de un* milenio, brillan pulidas por la saliva humana. Ni Merleau ni yo brillábamos aún pero el trabajo de erosión ya había comenzado. No se nos perdonaba nuestra negación del maniqueísmo. La derecha había contratado matones para insultarnos. Todo les estaba permitido, se mofaban de los críticos que se arriesgaban, era la “nueva generación”. Todas las hadas estaban en torno a su cama excepto una: desaparecieron por falta de talento. Les faltaba apenas una pizca pero Ies fue negada desde el nacimiento. Hoy reventarían en la miseria si la guerra de Argelia no los nutriese: el crimen recompensa. Hicieron mucho ruido pero poco mal. Del otro lado la situación era más grave: *nuestros* amigos del P.C. no habían digerido el artículo sobre los campos. Tuvimos razón, ese fue nuestro premio. Personalmente, tal actitud no me molestó: rata, hiena, víbora o turón, ese bestiario me agradaba, me distraía. En cambio Merleau, que aún recordaba la camaradería de 1945, se sintió profundamente afectado.

Hubo dos momentos al comienzo; injuriado por la mañana en la prensa pública, recibía al atardecer las excusas clandestinas de *sus* amigos comunistas. Hasta el día en que, para simplificar, se pensó que era mejor que esos mismos amigos acumulasen las dos tareas: eran ellos los que escribían al alba los artículos de los que se disculpaban al crepúsculo. Merleau no sufría tanto por los insultos de sus amigos como por la imposibilidad de estimarlos. Hoy me atrevo a decir que estaban poseídos por una violencia literalmente loca, provocada por una guerra de desgaste que se desarrollaba en otra parte y cuyos efectos se hicieron sentir hasta en nuestra provincia. Trataban de hacerse pasar por *otros,* pero no lo consiguieron del todo. Creo que Merleau veía sus faltas y no ese provincianismo que era su mal. Lo cual es comprensible si se piensa que los conocía en su vida cotidiana. En una palabra, Merleau no se distanció voluntariamente sino que lo distanciaron. El P.C. había tolerado sin apreciarlas esas franjas de simpatía crítica expresadas desde fuera, pero a partir de 1949 decidió destruirlas solicitando la colaboración de los simpatizantes. Si alguno manifestaba públicamente sus reservas lo perseguían hasta convertirlo en un enemigo. Así probaba el Partido a los militantes y cada militante creía probarse a sí mismo que el libre examen del dogma es el comienzo de la traición. Detestando a Merleau, sus amigos se detestaban a *sí mismos.* ¡Cuánta angustia en todo esto y cómo se manifestó después del electrochoc del XX° Congreso! Merleau conocía muy bien este juego, pero los caprichos de los comunistas no lo condujeron al anticomunismo . Recibió los golpes sin devolverlos; hacer el bien y dojar hablar. En resumen proseguir la obra. No importa: se le negaba el oxígeno, se lo exilaba una vez *más* en la *atmósfera* enrarecida *de* la soledad. Nacido de una convulsión histórica, el P.C. con sus tradiciones y sus violencias, se le presentaba

nuevamente, aún desde lejos, como una sociedad posible: la perdió. Desde luego tenía muchos amigos que no eran *comunistas y que* permanecieron a su lado. Pero, ¿qué encontraba en ellos y para ellos sino la tierna indiferencia de la pre-guerra? Se reunían en torno a una mesa, comían juntos para tener por un momento al menos, la ilusión de que compartían una tarea. Esos hombres tan diversos, alucinados todavía por la intrusión de la historia en su intimidad, sólo tenían de común el whisky o el asado; esto era, en verdad, la confirmación de un deceso. Merleau comprendía que la Resistencia estaba deshecha. Pero estas percepciones son realmente ciertas si las interpretamos como un progreso de nuestra muerte. A menudo vi a Merleau durante el invierno y la primavera; parecía un poco nervioso pero susceptible en extremo. Advertía —aunque de una manera confusa— que algo en él había muerto. Escribía cinco años más tarde: "El escritor sabe muy bien que no hay medida común entre la rumia de su vida y lo que ella ha podido producir de más claro y más preciso (en su obra)". Es verdad, todo el mundo rumia las injurias sufridas, los sinsabores, las acusaciones, las recriminaciones, los alegatos, para tratar luego de reconciliar una a una, experiencias laceradas, sin pie ni cabeza. Merleau conoció, como todos, esas fastidiosas repeticiones de las que a veces brota un relámpago. Aquel año no hubo ni rayos ni luz. Trató de hacer un balance de la situación, intentó volver a la encrucijada donde su propia historia se confundía con la historia de Francia y con la del mundo y en la que el curso de su pensamiento nacía del curso de las cosas. Es lo que había intentado con éxito —ya lo dije— entre 1939 y 1945. Pero en 1950 era demasiado tarde y demasiado temprano. "Quisiera —me dijo un día— escribir una novela sobre mí mismo". '¿Por qué no una autobiografía?" le inquiría— "Hay demasiadas preguntas sin respuestas, en una novela podría darles

soluciones *imaginarias". Pero este recurso a* la imaginación no debe *engañarnos ya que hay que* recordar el papel que la fenomenología le atribuye en el complejo movimiento que culmina en la intuición de una esencia. Pero no es menos cierto que esta vida se desvanecía, que descubría a la meditación zonas de sombra, soluciones de continuidad. Para encontrarse envuelto, a pesar suyo, en ese conflicto abierto con sus viejos amigos, ¿no fue necesario cometer un error inicial?, ¿o bien estaba obligado a asumir, a riesgo de destruirse a sí mismo, las desviaciones y extravíos de un inmenso movimiento que lo había producido y cuyos resortes permanecían fuera de su alcance?, ¿o es que como lo había señalado en 1945 a manera de simple conjetura, habíamos caído, al menos por un tiempo, en el sin sentido? ¿Acaso lo único que podíamos hacer era aguantar, conservando algunos pocos valores? Merleau mantuvo su trabajo en *Temps Modernes* obligándose a no modificar en absoluto sus actividades. Pero la "rumia de su vida", a medida que lo aproximaba a sus orígenes, lo alejaba lentamente de la política cotidiana. Tal fue su *destino*. Cuando se abandona la zona marginal del Partido Comunista hay que buscar otro rumbo: se anda un poco hasta que insensiblemente se llega a la derecha. Pero Merleau no traicionó jamás; rechazado, se refugió en lo más profundo de su vida.

Llegó el verano. Los coreanos combatieron entre sí. Cuando recibimos la noticia estábamos separados y cada uno la comentó por su cuenta. En agosto nos encontramos en Saint- Raphael por un día: demasiado tarde. Reconocimos con alegría nuestros gestos, nuestras voces, en fin, esas singularidades familiares que todos los amigos del mundo aprecian en sus amigos. Una sola falla: nuestros pensamientos ya formados, incomunicables. De la mañana a la noche no hablamos de otra cosa que de la guerra, sentados junto

al mar, inmóviles en la mesa, en la terraza de un café rodeados de veraneantes desnudos; discutimos mientras paseábamos y continuábamos discutiendo en la estación mientras esperaba mi tren. Tiempo perdido: éramos dos sordos. Temo haber hablado más que él, con vehemencia; Merleau respondía con dulzura, brevemente. La sinuosa tenuidad y la infantil malicia de su sonrisa me alentaron a esperar todavía una vacilación. Pero me equivocaba. El, que jamás proclamó sus decisiones, ya había tomado partido. Repetía suavemente: "Lo único que podemos hacer es callar". Yo simulaba no comprender: "¿Quiénes, nosotros?" —preguntaba— "Nosotros, sí, *Les Temps Modernes"* —"¿Quieres que la hagamos desaparecer calladamente?" — "No, pero que no digamos una palabra más de política"— —"¿Y por qué?" —"Porque se lucha". —"Si, en Corea" —"Mañana se luchará en todas partes". —"¿Y si se va a luchar aquí, por qué callar?" — "Poraue si es la fuerza bruta la que ha de decidir, ¿para qué hablar de ella si no tiene oídos?". Subí al tren; desde la plataforma lo saludé agitando la mano como se acostumbra, vi que él agitaba la suya, pero durante todo el viaje permanecí estupefacto.

Yo le reprochaba injustamente su intención de amordazar la crítica en el momento en que los cañones comenzaban a tronar. Lejos de eso, él acababa simplemente de descubrir una evidencia abrumadora: la URSS —pensaba— había querido compensar su inferioridad bélica asegurándose una posición estratégica. Esto significaba, en primer lugar, que Stalin consideraba la guerra inevitable; no se trataba de prevenirla sino de ganarla. Ahora bien, bastaba que uno de los bloques la considerara fatal para que efectivamente lo fuera. Si al menos el capitalismo hubiera atacado primero, la tierra habría estallado pero la aventura humana, aunque quebrada, habría conservado un sentido, habría muerto algo que por lo

menos había intentado nacer. Pero ya que la agresión preventiva venía de los países socialistas, la Historia sólo hubiera sido la mortaja de nuestra especie. Final de juego. Como para muchos otros, 1950 fue para Merleau-Ponty un año crucial; creyó ver sin máscaras la doctrina stalinista y la consideró un bonapartismo. O bien la URSS no era la patria del socialismo y entonces éste no existía en ninguna parte, es decir, no era viable, o bien el socialismo era ***eso,*** ese monstruo abominable, ese régimen policíaco, esa potencia de rapiña. En suma, Bloch Michel no había podido convencer a Merleau que la sociedad socialista se basaba en la servidumbre; pero Merleau se convenció a sí mismo que aquélla había engendrado, por azar o por necesidad o por ambas cosas a la vez, un imperialismo. Esto no quiere decir que Merleau tomara partido por el otro monstruo, el imperialismo capitalista. "¿Pero cómo?, se decía, uno y otro se equivalen". Tal fue la metamorfosis: él no quiso indignarse contra la URSS. "¿En nombre de quién? En todas partes se explota, se masacra, se saquea. Luego, no abrumemos a nadie". Simplemente, la URSS había perdido ante sus ojos todo privilegio, pues, lo mismo que las otras, era una potencia de rapiña. Merleau creyó entonces que las reacciones internas de la Historia la habían desviado definitivamente de su curso, que la URSS continuaría paralizada, extraviada por su propio descrédito hasta su derrumbe. Como toda palabra sensata resultaba engañosa, sólo quedaba el rechazo de la complicidad, el silencio.

'Primeramente había querido conservar lo que consideraba válido en los dos sistemas enriqueciendo al mejor con las adquisiciones del otro. Desilusionado, había resuelto después denunciar sin reservas la explotación. Luego, una nueva decepción lo decidió, sin apasionamiento, a no denunciar nada en parte alguna hasta el momento en que una bomba, de Oriente

o de Occidente, pusiera término a nuestra breve historia: Afirmativo, luego negativo y finalmente silencioso, no había movido un dedo. Sin embargo esta moderación podría aparecer incomprensible si no se vieran en ella las compuestas apariencias de un suicidio. Como ya dije, sus peores violencias eran como torpedos submarinos que sólo a él perjudicaban. Siempre queda una esperanza en la cólera más loca; en ese tranquilo rechazo mortuorio no quedaba nada.

Yo no iba tan lejos en mis reflexiones y eso me salvó de la melancolía. A Merleau, la cuestión coreana no le importaba nada, yo sólo pensaba en ella. El se fascinaba por la estrategia mundial, yo por la sangre. La culpa es —pensaba yo— de las maquinaciones de Yalta que permitieron la división de ese país en dos. Tanto uno como otro nos equivocábamos por ignorancia pero no sin excusas. ¡De dónde hubiéramos obtenido en esa época nuestra información? ¿Quién nos hubiera revelado que un cáncer militar carcomía a los Estados Unidos y que los civiles en tiempos de Truman, se debatían de espaldas a la pared? ¿Cómo hubiéramos podido adivinar en agosto de 1950, el plan de MacArthur, su intención de aprovechar el conflicto para entregar China a los ***lobby*** chinos? ¿Acaso conocíamos a Sygman Rhee, príncipe feudal de un estado reducido a la miseria y las intenciones del Sud agrícola sobre las industrias del Norte? La prensa comunista apenas si hablaba de esto, no sabía más que nosotros y denunciaba los crímenes de las fuerzas imperialistas, es decir, de los americanos, sin llevar más allá su análisis. Y ella además se desacreditaba por una mentira previa: el único hecho que pudo comprobarse fue que las tropas del Norte franqueaban primero la línea divisoria, pero la prensa comunista se obstinaba en sostener lo contrario. Hoy se sabe la verdad y también cómo los militares de los Estados Unidos

aliados a los feudalistas de Seúl hicieron caer a los comunistas en una emboscada. Había diariamente incidentes en la frontera que fueron hábilmente aprovechados. Las tropas del Sud hicieron movimientos tan manifiestos que el Norte, engañado, cometió la imprudencia de romper las hostilidades para prevenir un golpe que no se deseaba de ningún modo inferir. Pero el defecto de los partidos de masas es que creen reencontrar el pensamiento popular —el único profundo y verdadero— ofreciéndole verdades adaptadas. Sí, no me cabe la menor duda que en este miserable asunto los promotores de la guerra fueron los feudalistas del Sud y los imperialistas norteamericanos, pero tampoco me cabe la menor duda de que el Norte atacó primero.

La tarea del Partido comunista no era fácil; si reconocía los hechos, aunque sólo fuese para explicarlos, sus enemigos hubieran gritado a los cuatro vientos que los confesaba; si los negaba, sus amigos descubrían el engaño y se alejarían de él. Prefirió negarlos para conservar la ofensiva. Ahora bien, no hacía un año que habíamos descubierto los campos de concentración soviéticos; permanecimos en actitud de desconfianza dispuestos a creer lo peor. En realidad, Rusia deploró este conflicto que amenazaba con arrastrarla a una guerra que no estaba preparada para ganar, pero tuvo que apoyar a los coreanos del norte a riesgo de perder su influencia en el Asia. La joven China, por el contrario, entró en el conflicto: se sabía objeto de la codicia americana, además su fraternidad revolucionaria, sus intereses permanentes, su política internacional, todo exigía que interviniera. Pero durante el verano de 1950 nuestra información no nos permitía distinguir las responsabilidades: Merleau creyó en la culpabilidad de Stalin porque tuvo que creer en ella. Yo, hundido en la incertidumbre, no creía en nada. Esa fue mi suerte; ni siquiera tuve tentación de pensar que

el mundo había sido arrojado a las tinieblas, que vivíamos en el año mil y que el telón se levantaba sobre el Apocalipsis: contemplaba desde lejos este foco de incendio y no veía otra cosa que el fuego.

En París volví a encontrar a Merleau, más frío, más taciturno. Su mujer me expresó que algunos de nuestros amigos esperaban finalmente que en el momento en que los cosacos franquearan nuestra frontera yo me saltara la tapa de los sesos. Por descontado que reclamarían también la cabeza de Merleau. El suicidio no me atraía, me eché a reír. Merleau- Ponty me observaba sin reír, imaginaba la guerra, el exilio. Despreocupadamente, con ese aire travieso que solía adoptar siempre que la discusión amenazaba pasar a mayores, aseguraba que trabajaría de ascensorista en New York. Esta amarga broma no era más que otra versión del suicidio; si el conflicto estallaba, no sólo tendría que renunciar a escribir sino también a enseñar. Preso en una jaula se limitaría a manipular botones y a mortificarse en el silencio. Sorprenderá un poco esta gravedad tan singular. Sin embargo era la suya, la nuestra y es aun la mía. En un punto estábamos de acuerdo con las buenas gentes que deseaban nuestra muerte: en política todo se paga. Nosotros no éramos hombres de acción pero las falsas ideas son tan criminales como los falsos movimientos. ¿Cómo se juzgaba Merleau a sí mismo? No lo dijo pero me pareció inquieto e inquietante. Si alguna vez hubiera tenido que dictar sentencia contra sí mismo, pienso que sus ocultos arrebatos lo hubieran conducido muy pronto a la ejecución. Muchas veces me he preguntado, más tarde, cómo su fría cólera contra la URSS pudo transformarse en resentimiento para consigo mismo. Si habíamos caído en la barbarie estábamos condenados a hablar o a callar como bárbaros: ¿por qué se reprochaba sus artículos sinceros y meditados? simplemente porque lo absurdo del mundo se había adueñado de su pensamiento, nada

más. A esto respondió en ***Signes*** con una explicación sobre Nizan que es válida también para él: “Se comprenden las objeciones que hoy hace Sartre al Nizan de 1939 y también por qué carecen de fuerza contra él. Nizan, dice, estaba colérico. Pero esta cólera, ¿es un acto caprichoso? Es un modo de conocimiento muy útil, cuando se trata de lo fundamental. Para quien ha abrazado el comunismo y ha trabajado por él día tras día, las cosas dichas y hechas gravitan porque es él mismo quien las ha dicho y hecho. Para comprender correctamente el viraje de 1939 hubiera sido necesario que Nizan fuese un maniquí, que lo destrozaran... Recuerdo haber escrito en octubre del 1939

cartas proféticas que distribuían maquiavélicamente los papeles entre la URSS y nosotros. Pero yo no me había pasado la vida predicando la alianza soviética. Como Sartre, era un sin partido, posición cómoda que nos permitía hacer serenamente justicia al más duro de los partidos”. Merleau-Ponty, puedo asegurarlo, nunca fue comunista ni trató de serlo. No era cuestión de que “actuara en el partido”, sino de que lo viviera cotidianamente a través de los amigos que había escogido. No se reprochaba “las cosas dichas y hechas”, sino los comentarios que había escrito sobre ellas, su decisión de no formular jamás una crítica sin antes haber intentado comprender y justificar. Sin embargo había tenido razón: hay que dar para conocer; mas la consecuencia es que él padeció por haber dado a cambio de nada. Había dicho: “El hombre histórico tiene una sola manera de sufrir la barbarie, haciéndola”. Al convertirse en cómplice, era víctima de aquéllos que con tanta paciencia había defendido. En suma, con dignidad, pero como un culpable, abandonó la política en el momento que juzgó que se había equivocado. Había osado vivir; luego se enclaustró. Cierto es que más tarde habría de volver sobre todo esto extrayendo

otras conclusiones; pero fue recién en 1955. Durante cinco años había guardado en su corazón ese peso doloroso.

No faltó quien explicara el cambio de Merleau en función de su clase: un pequeño burgués, liberal que fue tan lejos como pudo y luego se detuvo. ¡Qué simple! Y los que así hablan son pequeños burgueses educados en el liberalismo que, sin embargo, optan por el maniqueísmo que él rechaza. En realidad, el hilo se ha roto por culpa de la historia; ésta utiliza a los hombres que emplea y luego los destroza como a caballos. Elige los actores, los transforma hasta su médula con el papel que les impone y luego, al menor cambio, los reemplaza por otros nuevos, a los que arroja en el tumulto sin haberlos preparado. Merleau comenzó a trabajar en el medio que la resistencia había producido; muerta ésta, pensó que la unidad sobreviviría perfectamente en no sé qué humanismo futuro al que las clases en conjunto contribuirían con su lucha a construir. "Hizo la política del Partido Comunista" pero se negó a condenar en bloque la herencia cultural de la burguesía. Gracias a su esfuerzo por mantener un contacto entre las dos partes, la circulación de las ideas no cesó del todo en Francia. Se detestaba como se detesta en todas partes a la inteligencia, pero hasta 1958, no se conoció jamás un maccartismo intelectual. Por otra parte, los pensadores oficiales del partido comunista condenaron sus ideas si bien los mejores han sabido siempre que era necesario retomarlas y que la antropología marxista tenía el deber de asimilarlas. Sin Merleau ¿hubiera escrito Tran Duc Tao su tesis, e intentado anexar Husserl a Marx? En muchas religiones arcaicas existen personajes sagrados que ejercen la función de ***mediador:*** todo se debe ligar y anular a través de ellos. Políticamente, Merleau-Ponty desempeñó ese papel. Surgido de la unión se negó a romperla y su oficio fue el de ligar. La ambigüedad de

su marxismo heurístico, al que consideraba por una parte insuficiente y por otra, insustituible, ha favorecido encuentros y discusiones que ya no se detendrán. De esta manera ha hecho por su parte la historia de la post-guerra como puede hacerla un intelectual. Pero inversamente la historia, haciéndose a través de él, lo ha hecho. Negándose a ratificar las rupturas, aferrado con las dos manos a continentes que se alejaban cada vez más, encontraba, finalmente, sin ilusión, su vieja idea de catolicidad: a ambos lados de la barricada sólo hay hombres; en todas partes surge por lo tanto la invención humana, la que no se juzgará en función de su origen sino de su contenido. Es suficiente que el mediador se esfuerce en mantener unidos los dos términos de la contradicción, retardando todo cuanto sea posible la explosión: las creaciones, hijas del azar y de la razón, testimoniarán que el reino del hombre es posible. No puedo afirmar que en octubre de 1950 esta idea constituía un retroceso o un adelanto. Lo cierto es que no era aún su hora. El globo se resquebrajaba. No había pensamiento que no tradujera una decisión y que no se esgrimiera como un arma. No se establecía ningún vínculo sin que otro se rompiera. Para servir a los amigos era necesario derramar la sangre de los enemigos. Aclaremos: otros y no el mediador condenaron el mani- queísmo y la violencia, pero lo hicieron justamente porque eran maniqueos y violentos, en una palabra, para servir a la burguesía. Merleau-Ponty fue el único que no celebró el triunfo de la discordia, el único que no toleró —en nombre de nuestra vocación "católica"— que el amor se convirtiera nuevamente y por doquier en el reverso del odio. La historia nos lo había dado; mucho antes de su muerte nos lo quitó.

En ***Les Temps Modernes*** habíamos desterrado la política. Confieso que nuestros lectores no se

percataron de ello enseguida; a veces, nos demorábamos tanto que hablábamos de ciertas cosas cuando ya todos las habían olvidado. A la larga sin embargo, la gente perpleja, se fastidió y nos exigió aclaraciones. Nosotros estábamos obligados a satisfacerla o a confesar que nos hallábamos tan desconcertados como ella. Recibimos cartas indignadas, se inmiscuyeron los críticos; recientemente he encontrado en un viejo número de ***Observateur*** una "Revista de revistas" que nos atacaba violentamente. Uno y otro, uno por medio del otro, tuvimos conocimiento de esos reproches, pero no dijimos una palabra: hubiera significado retomar la discusión. Yo me irrité un poco. ¿Advertía Merleau que nos ***imponía*** su silencio? Pero después pensaba que la revista le pertenecía, que él había definido su orientación política y yo lo había seguido. Si nuestro mutismo era su última consecuencia, había que mantenerlo. Su sonriente tristeza, parecía reprochamos el haberlo acompañado en aquella galera, hasta a veces, haberlo embarcado. La verdad es que Merleau sentía crecer nuestros desacuerdos y sufría a causa de ello.

Salimos de este atolladero sin haber decidido nada, sin hablar. Dzelcpy y Stone nos enviaron artículos excelentes y bien informados que mostraban la guerra al día bajo una luz nueva. En ellos encontré la confirmación de mis opiniones, Merleau no halló un desmentido de las suyas; no volvimos a ocuparnos de los orígenes del conflicto. Estas colaboraciones no fueron del agrado de Merleau pero era demasiado honesto para rechazarlas. Yo no me atrevía a insistir para que las aceptara y no diré que las publicamos: se publicaron. Aparecieron por sí solas en la revista. Recibimos otras que siguieron el camino de la imprenta. Fue el comienzo de una sorprendente transformación. Perdido su director político, ***Les***

Temps Modernes continuaba obedeciéndole a pesar suyo, es decir que ella misma inició su radicalización. Teníamos viejos colaboradores, la mayoría de los cuales no nos veía a menudo. Creyendo seguirnos habían cambiado para permanecer lo más cerca posible del P.C ., cuando en realidad nos arrastraron. Gente joven ingresó en la revista atraída por la reputación que Merleau le había dado; pensaban que era el único órgano que, en esta edad de hierro, conservaba al mismo tiempo sus preferencias y su lucidez. Ninguno de ellos era comunista pero no querían alejarse del partido; restituían así a ***Temps Modernes,*** en circunstancias nuevas, más brutales, la orientación que Merleau le había impreso en 1945. Pero esto significaba trastornarlo todo puesto que en 1951, para conservar nuestra distancia de los comunistas, era necesario romper con todo aquello que todavía se denominaba izquierda. Merleau callaba, mejor aún, se amordazaba con cierto sadismo y se obligaba por conciencia profesional y escrúpulos de amistad a dejar pasar esa sucesión de artículos tendenciosos que, sin su intervención, se dirigían a los lectores y exponían uno tras otro, ambiguamente y valiéndose de cualquier medio, hasta de una crítica cinematográfica, una opinión confusa, desordenada e impersonal que no era ya la suya ni todavía la mía. Así descubríamos uno y otro que la Revista había adquirido en el transcurso de estos seis años cierta independencia y que la dirigíamos tanto como ella nos dirigía. En resumen, entre 1950 y 1952 un navio sin capitán reclutó por sí mismo los oficiales que evitaron su perdición. En esa época, cuando Merleau consideraba esa minúscula sardina que navegaba tras la estela de un cachalote y se decía aún: "¡Es mi obra!" debía tragar sin duda buena cantidad de hiel. Con seguridad se hallaba estrechamente vinculado a la revista que había dado a luz y que día tras día mantenía viva. Pienso que se sentía de pronto como un

padre que, ayer nomás, trataba a su hijo como a un niño y descubre, de repente, a un adolescente obstinado, casi hostil, “pervertido por las influencias”. A veces me digo que nuestra falta común fue callamos ***incluso entonces,*** cuando nos encontrábamos desconcertados, disponibles aún... Pero no, las cartas estaban echadas.

La psicosis de guerra se apoderó del mundo y yo sentí remordimientos de conciencia. Con displicencia, pero también con alarma, Occidente se preguntaba qué harían de Europa los rusos una vez que la hubieran ocupado completamente; “porque eso sucederá fatalmente” decían los estrategos de café y evocaban complacientes el “reducto bretón”, esa cabeza de puente que los Estados Unidos mantendrían en el Ministerre para facilitar los futuros desembarcos. Pues bien, si se luchaba en nuestra tierra no había problemas; todos lo aguantaríamos. Pero otros augures opinaban que los Estados Unidos buscarían en otros continentes adecuados campos de batalla y que nos abandonaría a la URSS por comodidad. ¿Qué hacer en ese caso? Las jóvenes vírgenes burguesas dieron una respuesta: en un Liceo de señoritas de París, una clase entera juró recurrir al suicidio colectivo. El negro heroísmo de esas pobres jóvenes reflejaba el julepe de sus padres. He oído a amigos muy queridos, viejos miembros de la Resistencia declarar fríamente que volverían a tomar las armas. “Esta vez, les advertía, correrían el riesgo de tirar sobre franceses”. Pero era evidente que eso les tenía sin cuidado o, más bien, que estaban histéricamente empecinados en esta decisión irreal. Otros eligieron el realismo: tomarían el avión para el nuevo mundo. En aquellos años yo estaba un poco menos loco que los demás; no creía en el Apocalipsis aunque más no sea por falta de imaginación. Sin embargo me ensombrecí cuando un hombre gritó en el subterráneo: “¡Vivan los rusos!”. Lo ***miré.*** El rostro reflejaba toda su vida; quizás, en su lugar yo hubiera

hecho lo mismo. Me dije: “¿Y si a pesar de todo la guerra se produce?”. La gente me repetía: “Será necesario partir. Si usted se queda tendrá que hablar en la radio soviética o lo condenarán al eterno silencio de un campo de concentración”. Esas previsiones no me espantaban porque no creía en la invasión. Sin embargo me impresionaba; me parecía un juego espiritual que llevaba las cosas al extremo y la revelaba a cada uno la necesidad de elegir y las consecuencias de su elección. Quedarse, me decía, era colaborar o morir. ¿Y partir?. Vivir en Buenos Aires con los franceses ricos, abandonando a su suerte a mis compatriotas pobres, hubiera sido también una forma de colaborar... con la clase enemiga. Se dirá que es mi clase. ¿Y qué? ¿acaso eso prueba que no sea la enemiga de los hombres? Si es necesario traicionar —como ha dicho Nizan en ***Les Chiens de Garde—*** que sea a lo menos en beneficio de los más. A través de esos fantasmas melancólicos me sentía al pie del mino. Todo el mundo había elegido, yo traté por un momento de permanecer neutral. Varios sostuvimos la candidatura de Rivet, pero el partido comunista le había quitado su apoyo y fracasó.

A propósito del ***affaire*** Henri Martin los comunistas vinieron a verme. Intentaban reunir a los intelectuales de cualquier pelaje, lustrados, viscosos o lúbricos con el objeto de llevar el asunto ante el gran público. No bien metí las narices en esta historia, la encontré tan estúpida que me adherí sin reservas a los descontentos. Decidimos escribir un libro sobre el caso y viajé a Italia; era primavera. Me enteré por los diarios italianos del arresto de Duelos, del robo de sus documentos, de la farsa de las palomas mensajeras; estas puerilidades tan sórdidas me produjeron náuseas. No había nada más innoble ni más revelador. Rompí las últimas ataduras, mi visión se transformaba; la certidumbre de que un anticomunista

es un perro no me abandonaba ni me abandonará jamás. Sorprenderá la ingenuidad de mi conducta máxime si se piensa que anteriormente nunca me habían conmovido hechos similares. Lo cierto es que, al cabo de diez años de “rumiar”, había alcanzado el punto de ruptura y no necesitaba más que un simple empujón. En el lenguaje de la Iglesia, fue una conversión. Merleau se había convertido también en 1950. Uno y otro estábamos condicionados aunque en sentido contrario. Nuestros sinsabores acumulados lentamente, revelaron de pronto, a uno los errores del stalinismo, al otro los de su propia clase. En nombre de los principios que ésta había inculcado, en nombre de su humanismo y de sus “humanidades”, en nombre de la libertad, la igualdad y la fraternidad, sentí por la burguesía un odio que sólo morirá conmigo. Cuando regresé a París, precipitadamente, tuve que elegir entre escribir o reventar. Escribí día y noche la primera parte de ***Les Communistes et la paix.***

¡Merleau no se mostró indulgente ante los atropellos policíacos de un régimen moribundo. Mi celo parecía sorprenderlo, pero me alentó vivamente a publicar ese ensayo que al comienzo debía tener la extensión de un artículo. Merleau lo leyó y me comprendió al instante: Rusia quiere la paz, afirmaba yo, la necesita, los únicos peligros de guerra vienen de Occidente. No mencionaba para nada el conflicto de Corea pero, a pesar de esta precaución, parecía que me hubiese propuesto desmentir premeditada y sistemáticamente a nuestro director político, oponiendo punto por punto mis opiniones a las suyas. Ciertamente, yo había escrito de prisa, rabioso, con alegría y sin tacto, y es que, hasta una conversión meditada, cuando estalla se transforma en la alegría de la tormenta y donde la luz del relámpago no alcanza, una negra noche sobreviene. En ningún momento procuré evitarla. En cuanto a Merleau, por amistad, prefirió divertirse con mi

entusiasmo y no se disgustó. Sin embargo, poco después me advirtió que algunos de nuestros lectores no me aprobaban. Era indudable que compartían mi opinión sobre la actitud de nuestro gobierno pero observaban que yo les atribuía la mejor parte a los comunistas. "¿Y qué les respondes?" —preguntaba yo—, "Sigue en el próximo número" —contestaba, aludiendo al "continúa" impreso al pie del artículo. En efecto, hacia 1948 la izquierda no comunista había elaborado un plan de trabajo que llegó a ser clásico: 1° Tesis: Se denunciaba la abyección del gobierno, sus injusticias para con la clase trabajadora, dando la razón al P.C .; 2°. Antítesis: Se ponía en evidencia la indignidad del Buró Político y sus errores; también éste había lesionado los intereses de las masas; 3°. Conclusión: se rechazaba tanto al gobierno como a la dirección del partido y se indicaba una vía intermedia, sin olvidar de citar siempre el ejemplo de los países escandinavos. A los ojos de Merleau yo había desarrollado solamente la tesis, él esperaba todavía, sin hacerse mayores ilusiones, la antítesis.

Esta última no llegó, ni tampoco la continuación en el próximo número. A decir verdad yo estaba sin aliento y descubrí que no sabía nada. No basta insultar a un prefecto de policía para adquirir conciencia de una época. Había leído todo; todo debía ser releído; no tenía más que un hilo de Ariadna, pero era suficiente: la experiencia difícil e inagotable de la lucha de clases. Releí. Tenía algunos huesos en el cerebro y los hice crujir, no sin fatiga. Reencontré a Farge y me adherí al Movimiento de la Paz. Viajé a Viena. Por fin un día entregué a mi impresor el segundo artículo que, en realidad, era tan sólo un bosquejo. El esquema de disertación 'Tercera fuerza" estaba definitivamente descartado ya que, en lugar de atacar a los comunistas, me declaré su compañero de ruta. Al final del mismo

había escrito una vez más “continúa”, pero esta vez sin vacilaciones. Merleau tuvo conocimiento del artículo recién con las segundas pruebas, con el agravante de que no fue yo quien se las mostró; las leyó en el momento de compaginar el número.

¿Por qué no le había enseñado mi manuscrito si él no olvidaba jamás de mostrarme los suyos? ¿Es que, verdaderamente me tomaba yo en serio? No lo creo, como tampoco que haya querido huir de sus reconvenciones y sus objeciones. Prefiero culpar más bien a esa atolondrada violencia que quiere alcanzar directamente sus fines, sin tomar ninguna clase de precauciones. Yo creía, yo sabía, no me hacía ilusiones y, por lo tanto, estaba dispuesto a no ceder nada. En nuestra revista casi confidencial, había que gritar para ser escuchado; gritaría, me acercaría a los comunistas y lo proclamaría. No quiero aclarar aquí las razones objetivas de mi actitud, no interesan. Tan solo diré que eran las únicas que contaban y que tanto entonces como ahora las considero impostergables. Había también dos razones sentimentales: el nuevo equipo nos impulsaba a tomar una decisión, podía contar con su aprobación; además —ahora me doy cuenta- estaba resentido con Merleau por haberme impuesto su silencio en 1950. Al cabo de dos años la revista andaba a la deriva y yo no lo podía soportar. Que cada uno juzgue como quiera, no tengo ni necesito excusas. Esta aventura —que vivimos penosamente los dos— interesa en tanto muestra los motivos por los que puede nacer la discordia en el seno de la más fiel amistad y del más estrecho acuerdo. Nuevas circunstancias y una institución caduca fueron el origen de nuestro conflicto. La institución era nuestro contrato silencioso, válido solamente cuando Merleau hablaba y yo callaba, ese acuerdo nunca deslindó nuestras respectivas responsabilidades. Cada uno de nosotros, sin ni siquiera confesárselo a sí mismo, se había apropiado de la

revista. Por una parte —como en ***El Círculo de tiza caucasiano***— en todo lo concerniente a la política ([10]) había una paternidad oficial y nominal: la mía; por la otra, había una paternidad de adopción, cinco años de celosa preocupación. En la exasperación todo se aclaró súbitamente, comprendimos que cada uno de nosotros con su mutismo tanto como con sus palabras comprometía al otro. Era necesario tener un solo pensamiento, **y** esto fue posible por cuanto yo no pensaba por mi cuenta. Desde el momento que hay dos cabezas bajo el mismo sombrero, ¿cómo elegir la mejor? Visto el asunto desde afuera se podrá decir que el curso de los acontecimientos ha decidido. Es cierto, pero la explicación es demasiado simple. En general, es verdad que los imperios se derrumban y que los partidos mueren cuando no siguen el curso de la historia. Pero hay que reconocer que esta idea, tan difícil de comprender, es utilizada imprudentemente por la mayoría de los autores. ¿Cómo aquello que es posible aplicar no sin precaución a las grandes fuerzas sociales, puede servir para explicar el crecimiento, la vida y la muerte de microorganismos tales como Les ***Temps Modernes?*** El movimiento unificador siempre se acompaña de catástrofes de detalles. Por otra parte, cualquiera ella fuese, temamos que vivir nosotros mismos la aventura, asumir la sentencia impuesta, ejecutarla y como Merleau ha dicho más tarde, instituirla. Con los errores mutuos y tanto en uno como en otro, con una buena e inútil voluntad.

Merleau hubiera podido romper definitivamente, provocar una disputa, atacarme, pero se abstuvo elocuentemente. Durante algún tiempo fuimos una extraña pareja: dos amigos que se amaban, empecinados en una mutua oposición y que disponían

---

[10] En las otras esferas no diré que la situación se invertía pero sí que trabajábamos en conjunto.

entre ambos de una sola voz. Admiro su moderación, tanto más cuanto que en esa época tuvimos resonantes defecciones. Uno de nuestros más antiguos colaboradores nos abandonó de prisa e ingresó en la N.N.R.F. donde inició el proceso de los "hítlero-stalinistas" y cantó loas a Lucien Re- batet. Me pregunto qué quedó de este hombre; quizás en provincia, un dejo de aburrimiento demasiado consciente de sí mismo, nada más.

Durante los años siguientes tuve la satisfacción de asistir a numerosas desintegraciones de la misma especie. Para llenar esos vacíos y promover nuevas colaboraciones, reunía a nuestros colaboradores en mi casa, domingo por medio. Merleau asistía asiduamente, el último en llegar, el primero en partir, conversando en voz baja de todo y con todos, excepto de la revista. Sin embargo en ella tenía aliados: Claude Lefort que desaprobaba mi posición, Lefévre-Pontalis que no se interesaba por la política, Colette Audry que temía nuestros excesos, Erval. Merleau no se molestó por encabezar una fuerte oposición, se negó por principio —pensaba que una revista no es una asamblea parlamentaria— y por amistad. Se abstuvo de ejercer su influencia en el grupo no obstante observar, sin entusiasmo, que el grupo influía en mí. De hecho la mayoría se orientaba ante sus ojos hacia esa fraternidad crítica que Merleau acababa de abandonar e incluso, frente a la virulencia del anticomunismo, se proponía moderar las críticas e insistir en la fraternidad. Creo, sobre todo, que Merleau encontraba ridículas estas reuniones y de ningún provecho; a la larga efectivamente lo fueron y su mutismo contribuyó a ello. Pero ¿qué hubiera podido decir? Aunque siempre solicité su opinión no la obtuve jamás. Parecía querer darme a entender que así como no lo consultaba sobre lo esencial, no valía la pena que lo hiciera sobre insignificancias.

Probablemente creía que con esto yo tranquilizaba a bajo precio mi conciencia y no deseaba ayudarme. A decir verdad, yo tenía la conciencia tranquila y reprochaba a Merleau que nos negara su colaboración. Esta queja parecerá exagerada puesto que, en resumidas cuentas, se le pedía colaborar en una empresa que él, abiertamente, desaprobaba. Lo reconozco, pero después de todo, era de los nuestros y además, de vez en cuando, no podía evitar tomar iniciativas generalmente felices. Si desde 1950 había abandonado su cargo de director político, conservaba sin embargo el de redactor en jefe. En esas situaciones ambiguas que se van prolongando para evitar una ruptura, todo lo que se haga de una u otra parte sale mal.

Sin embargo el malentendido obedecía a motivos más graves y de otro orden. Yo creía ser fiel a su pensamiento de 1945 y pensaba que él lo abandonaba; Merleau creía permanecer fiel a sí mismo y que yo lo traicionaba. Yo pretendía proseguir su obra, él me acusaba de destruirla. Este conflicto no surgía de nosotros sino del mundo mismo y ambos teníamos razón. Su pensamiento político nació en la Resistencia, es decir en la Izquierda unida. En la unión, su pensamiento hubiera podido alcanzar el más extremo radicalismo, pero hubiera necesitado la base de un triple acuerdo: el P.C. le garantizaría la eficacia práctica de la acción común; los partidos aliados le asegurarían la conservación del humanismo y ciertos valores tradicionales a los que les daría un verdadero contenido. Cuando alrededor de 1950 todo estalló, Merleau sólo vio los despojos. Mi extravío fue, según él, haberme acercado a uno de ellos con la esperanza de que reconstruyeran por sí mismos el barco perdido. Por mi lado, tomé partido cuando la Izquierda se desintegró; en mi opinión era menester reconstruirla y no por cierto desde arriba, sino desde la base.

Evidentemente no estábamos en contacto con las masas y por lo tanto no teníamos poder. Pero nuestra tarea era clara: frente a la sagrada unión de la burguesía y de los jerarcas socialistas, no quedaba otra solución que la de acercarnos al Partido e invitar a los demás a unirse a nosotros. Era necesario atacar sin descanso a la burguesía, desenmascarar su política, destruir sus piadosos argumentos. Sin duda se podía criticar al P.C . y a la U.R.S.S., pero no se trataba de emprender la tarea imposible de cambiarlos. Queríamos prefigurar ante nuestros lectores la imagen de futuras ententes a través de un minúsculo ejemplo: un acuerdo con los comunistas que no había coartado sin embargo nuestra libertad de juicio. De este modo yo creía retomar de buena fe la actitud de Merleau-Ponty.

En realidad, a partir de 1945 la contradicción no estaba en nosotros sino en nuestra posición. Ser para el todo significa negarse a elegir entre sus partes. El privilegio que Merleau concedía a los comunistas no era una opción sino a lo sumo un régimen preferencial. Cuando llegó el momento de la elección permaneció fiel a sí mismo y prefirió perderse para no sobrevivir a la unidad perdida. Pero yo, aunque recién llegado, elegí el Partido en nombre de la unidad, pensaba que ésta no podía rehacerse sino en torno a aquél. De este modo, la misma idea de unidad, luego de unos años condujo a uno a rechazar la elección que había impuesto al otro. Todo proviene a la vez de la estructura y del acontecimiento. Tal como está constituida Francia, el Partido solo no tomará el poder; luego hay que pensar, antes que nada, en alianzas. En el gobierno tripartito Merleau podía ver aún una secuela del Frente Popular. Pero en 1952, sin que hubiera cambiado la estructura demográfica del país, no se podía confundir ya la Tercera Fuerza —simple máscara de la derecha— con la unión de las masas. No se despojará empero a la

derecha del poder sin la unión de todas las fuerzas de la izquierda; el Frente Popular era el medio necesario para vencer en el momento mismo que la guerra fría lo tornaba imposible. A la espera de un reagrupamiento que parecía muy lejano, convenia mantener abierta día tras día esa posibilidad, concretando alianzas locales con el Partido. Después de cinco años, elegir o no elegir eran dos actitudes que apuntaban al mismo objetivo. ¿Dos actitudes? Más bien una sola, que nos enfrentó como enemigos obligándonos a insistir en uno u otro de sus componentes contradictorios. Para ser fiel a su negativa, Merleau olvidó su anhelo de unión; yo, en cambio, para mantener la posibilidad de la unidad futura, olvidé mi universalismo y comencé a fomentar la desunión. Todo esto parecerá muy abstracto pero en realidad, fue necesario vivir esas determinaciones históricas: es decir, les prestamos nuestra vi3a, nuestras pasiones, nuestro pellejo. Yo me burlaba de su "espontaneidad": en 1945 ¡caramba! la unión parecía un hecho. Merleau hacía buen juego al dejarse llevar por la corriente; se burlaba de mi ingenuidad, de mi voluntarismo. En 1952, la unión no existía ya, ¿era suficiente quererla en el vacío para que se realizara? La verdad es que fuimos reclutados de acuerdo a nuestras aptitudes: Merleau cuando era el tiempo de los matices, yo cuando vino el tiempo de los asesinos.

Lefort y yo tuvimos vivas discusiones; le propuse que expusiera en la revista sus divergencias. Lefort aceptó y me remitió un artículo bastante insultante; enfadado, le respondí en el mismo tono. Amigo de mío y otro, Merleau se encontró a pesar suyo agobiado por una nueva tarea: debió ofrecer su mediación. Lefort había tenido la cortesía de someter su artículo a la consideración de Merleau, yo hice lo mismo pero mi artículo lo exasperó. Con su dulzura habitual me comunicó que se retiraría definitivamente de la revista

si no suprimía cierto parágrafo que, en efecto, era innecesariamente violento. Creo recordar que Lefort hizo, por su parte, ciertos sacrificios, lo que no impidió que nuestros artículos trasuntaran nuestra indignación. Merleau nos tenía tal afecto que recibía cada golpe que nos dábamos. Sin estar completamente de acuerdo con Lefort, se sentía más próximo a este que a mí; de pronto su lengua se desató y también la mía. Nos precipitamos a una larga y vana explicación que saltaba de un tema a otro, de una conversación a otra. ¿Puede hablarse de una espontaneidad de las masas? ¿Pueden los grupos extraer de sí mismos su cohesión? Preguntas ambiguas que nos remitían ora a la política —al papel del P.C ., a Rosa Luxemburgo, a Lenin —ora a la sociología, a la existencia misma, es decir, a la filosofía, a nuestros "estilos de vida", a nuestros "anclajes", a nosotros mismos. Cada palabra, nos transportaba desde el curso del mundo al de nuestros estados de ánimo y viceversa. Bajo nuestras divergencias intelectuales de 1941, serenamente consentidas cuando sólo se trataba de Husserl, descubrimos, estupefactos, conflictos que tenían su origen en nuestra infancia, en los ritmos elementales de nuestro organismo, así como entre piel y piel, simulaciones, complacencias y una manía de activismo que escondía en uno sus fracasos y en el otro, sentimientos retráctiles, un quietismo encarnizado. Nada de esto era, por cierto, completamente verdadero ni falso: nos extraviábamos porque poníamos el mismo ardor en convencernos, en comprendemos o en acusarnos. Este diálogo apasionado, que oscilaba entre la buena y la mala fe, comenzó en mi oficina, prosiguió en Saint Tro- pez, se retomó en París en los bancos del café Procope y luego en mi casa; yo viajaba, Merleau me escribió una larga carta a la que respondí con 40 grados a la sombra. Pero esto no arregló nada. ¿Qué esperábamos? En el fondo, nada. Cumplíamos con el "trabajo de ruptura" en el sentido de Lagache para

quien el duelo es también un trabajo. Esta triste cavilación a dúo, esta continua y extraviada repetición, creo que no tenía otro fin que el de colmar dulcemente nuestra paciencia, romper uno tras otro nuestros vínculos con pequeñas y coléricas sacudidas, ensombrecer nuestra amistad transparente hasta convertimos en dos desconocidos.
Si la obra hubiese llegado a término hubiera tenido como resultado la ruptura. Afortunadamente, se produjo un incidente que la detuvo.

Un marxista, en un encuentro casual, me propuso escribir para nosotros un artículo sobre 'las contradicciones del capitalismo". Un tema conocido —decía— pero poco comprendido y sobre el que se podían arrojar nuevas luces. No pertenecía al partido pero era un partido en sí mismo y de los más cerrados. Estaba tan seguro de hacerme un favor que al fin me persuadió; advertí a Merleau quien conocía aí hombre pero no hizo ningún comentario. Por ese entonces debí ausentarme de París y el artículo fue enviado en mi ausencia; no valía nada. Redactor en jefe, Merleau no pudo decidirse a publicarlo sin precederlo de un "copete" escrito por él que, en síntesis, era una disculpa ante los lectores. Merleau aprovechó la ocasión para reprochar al autor, en pocas palabras, no haber mencionado también las contradicciones del socialismo: lo haría en otra oportunidad ¿verdad? A mi regreso no me dijo nada; advertido por un colaborador obtuve un juego de pruebas y leí el artículo con el copete. Tanto más me irritó este último por cuanto encontraba aquél bastante vulnerable. Merleau, habiendo "cerrado" el número, se había ausentado y no pude encontrarlo. Solo, en un estado de viva indignación, hice saltar el copete y el artículo apareció sin encabezamiento. No es difícil adivinar el resto. Días más tarde, Merleau, al recibir las pruebas de la revista,

advirtió que su texto había sido suprimido y tomó la cosa a la tremenda. Telefónicamente me comunicó su renuncia, esta vez definitiva; hablamos más de dos horas. Jean Cau, sombrío, sentado en un sillón de la ventana, escuchaba parte de nuestra conversación y creía asistir a los últimos momentos de la Revista. Nos acusamos recíprocamente de abuso de poder. Le propuse un encuentro inmediato, traté por todos los medios hacerle cambiar su decisión; pero fue inconmovible. Durante algunos meses no volví a verlo; no apareció más por ***Les Temps Modernes*** ni se ocupó ya de ella.

Si he relatado este episodio estúpido es en razón de su futileza. Siempre que lo evoco me digo: "Es absurdo", y al mismo tiempo: "Debía terminar así". Así: mal, tonta, inevitablemente; la trama estaba lista y el final decidido como en la ***Commedia deü'arte,*** no tuvimos más tarea que la de improvisar la ruptura. Nos desempeñamos mal, pero bien o mal, representamos la escena y pasamos a la siguiente. No sé cuál de los dos fue más culpable ni tampoco me preocupa: en realidad, la culpabilidad final estaba ya prevista en los dos papeles. Desde hacía mucho tiempo habíamos convenido que ante faltas recíprocas nos separaríamos con cualquier pretexto. Puesto que nuestra colaboración no podía continuar era necesario separarnos o que desapareciera la revista.

Sin la revista, los acontecimientos de 1950 no hubieran influido demasiado en nuestra amistad: hubiésemos discutido más a menudo de política o hubiésemos procurado no mencionarla. Y es que, habitualmente, el acontecimiento roza tan superficialmente a la gente que apenas si experimenta un apagado estremecimiento, una angustia indescifrable, a no ser que se arroje sobre su garganta y las tumbe al pasar. Y aún así no comprenderá lo

sucedido. Pero no bien el azar pone en manos de la gente la menor posibilidad de influir o de expresar el movimiento histórico, las fuerzas que nos conducen, desnudas de pronto, se dejan ver y nos descubren "nuestra sombra proyectada" sobre el muro deslumbrante de la objetividad. La revista no era nada; un signo del tiempo como tantos otros. No importa, pertenecía a la historia y por ella habíamos experimentado los dos nuestra consistencia de objetos históricos. Ella fue nuestra objetivación y por su intermedio encontramos en el curso de las cosas nuestra carta fundamental y nuestro doble oficio: primero unidos como no lo hubiéramos estado nunca sin ella, después, más alejados. Algo es evidente: si el engranaje nos atrapa, pasaremos por él de cuerpo entero, la poca libertad que nos deja se resume en el instante que decidimos poner o no el dedo. En una palabra, el comienzo nos pertenece, después sólo podemos desear nuestro destino.

Por una sola razón, todavía misteriosa para mí, el comienzo no fue malo: contra mi deseo y el deseo de todos nuestros colaboradores, Merleau había reivindicado desde el primer día la posición más débil. Hacerlo todo sin figurar nunca, rechazar un estatuto que lo defendiera de mis caprichos y de mis golpes de timón, como si sólo hubiese querido fundar su poder en un acuerdo viviente, como si la fragilidad hubiera sido su arma más eficaz, como si su autoridad moral hubiese debido garantizar por sí sola sus funciones. Nada lo protegía, razón por la cual no estaba comprometido con nada ni con nadie. Siempre entre nosotros, tan responsable como yo y sin embargo ligero, libre como el aire. Si hubiera aceptado que su nombre figurara en la portada se hubiera visto obligado a combatirme y quizás, hasta destruirme. Pero Merleau había prevista la situación desde el primer día y se negó por principio a una batalla que nos hubiera desprestigiado a los dos

sin provecho. Cuando llegó el día le bastó un llamado telefónico: había tomado su decisión, me la comunicó y desapareció. Sin embargo, tuvimos que sacrificarnos; él, yo y ***Les Temps Modernes.*** Todos fuimos víctimas de ese homicidio purifica- dor; Merleau se mutiló abandonándome a la lucha con aliados terribles que, según él, me roerían hasta los huesos o me rechazarían como lo habían rechazado; abandonó ***su*** revista a mi incompetencia. Esta agresiva expiación debió absorber la mayor parte de su resentimiento y nos permitió al menos interrumpir el trabajo de ruptura salvando nuestra amistad.

Al principio me evitó; ¿temía acaso que mi mirada despertara sus agravios?. Quizás, pero más bien parece que quiso dejar una puerta abierta a un futuro común. A veces lo encontraba, nos deteníamos para conversar un instante y en el momento de la despedida le proponía un encuentrto para el día siguiente o para la semana próxima. Merleau me respondía con firme cortesía: “Te hablaré por teléfono”, pero no llamaba. Sin embargo otro trabajo había comenzado: el de olvidar nuestros agravios, el acercamiento. Fue interrumpido por la desgracia; en 1953 perdió a su madre. Estaba ligado a ella como a su vida, más exactamente, ella ***era*** su vida. Debía la felicidad de su infancia a los cuidados que le había prodigado, fue el lúcido testigo de sus primeros años; por eso, cuando vino el exilio, continuó siendo su guardiana. Sin ella, el pasado se hubiera hundido en las arenas, por ella se conservó, inalcanzable, pero vivo.

Merleau-Ponty vivió esta edad de oro hasta el momento de su luto, como un paraíso que cada día se alejaba un poco más y como la presencia carnal y cotidiana de aquella que se lo había proporcionado. Todas las connivencias de la madre y del hijo los remontaban a viejos recuerdos; así mientras ella vivió, la lejanía de Merleau conservó su dulzura y se dejó

reducir a veces a la inefable diferencia que separa dos vidas inseparables. Mientras fueron dos en reconstruir y algunas veces resucitar la larga prehistoria de sus gestos, de sus pasiones y de sus gustos, conservó la esperanza de reconquistar esa armonía inmediata con la totalidad que constituye el destino de los niños amados. Pero cuando su madre murió, el viento cerró todas las puertas y supo que no se abrirían jamás. Los recuerdos compartidos son ritos: el sobreviviente sólo encuentra en ellos hojas secas, palabras. Tiempo después, habiendo encontrado Merleau-Ponty a Simone de Beauvoir, le dijo sin énfasis, con esa alegría triste con la que disfrazaba su sinceridad: "estoy prácticamente muerto". Muerto para la infancia, por segunda vez. Había soñado salvarse de joven, por la comunidad cristiana; ya adulto, por sus amistades políticas. Dos veces desilusionado, descubría de pronto la razón de estos fracasos: "salvarse" en todos los planos, "en todos los órdenes", sería recomenzar la primera edad. Uno se repite incesantemente, pero no vuelve a empezar jamás. Al zozobrar su infancia Merleau se comprendió: nunca había deseado otra cosa que reencontrarla y este deseo imposible era su vocación particular, su destino. ¿Qué le quedaba? Nada. Pasado ya un tiempo callaba; pero el silencio no bastaba y se hizo ermitaño, sólo dejaba su escritorio para ir al ***College de France.*** No volví a verlo hasta 1956; sus mejores amigos lo veían menos.

No obstante, es necesario señalar lo que sucedía en su interior durante los tres años que permanecimos separados. Pero, como ya he advertido a mis lectores, mi intención no es otra que la de relatar la aventura de una amistad, y por eso lo que aquí interesa es la historia de su pensamiento más que los pensamientos mismos. Otros los expondrán en detalle y mejor de lo que lo haría yo. Quiero restituir al hombre, no tal como era para sí mismo, sino tal como ha vivido en mi vida, tal como yo lo he vivido en la suya. No sé hasta que punto

diré la verdad. Se me formularán objeciones, se creerá que me describo en un negativo por la manera como lo describo; de acuerdo. Pero en todo caso soy sincero, digo aquello que he creído comprender.

El dolor es el vacío, a unos los convierte en simulacros de ermitaños, huecos; pero a Merleau, al mismo tiempo que lo separaba de nosotros, lo retrotraía a su meditación primera, al destino que lo había hecho tan desafortunado. Estoy asombrado por la unidad de esta vida. Desde la preguerra ese joven Edipo, vuelto a sus orígenes, quiso comprender la sinrazón razonable que lo produjo. Cuando está próximo a ello y escribe la ***Fenomenología de la Percepción,*** la historia nos salta al cuello y Merleau se debate contra ella sin interrumpir sus investigaciones. Podemos decir que es éste el primer período de su reflexión. El segundo comienza en los últimos años de la ocupación y prosigue hasta 1950. Concluida su tesis, parece abandonar la investigación e interroga la historia, la política de nuestro tiempo. Pero su inquietud no ha cambiado más que en apariencias, todo se junta porque la historia es algo así como una envoltura, porque estamos "anclados" en ella, porque es necesario situarse históricamente, no ***a priori*** ni por quién sabe qué "pensamiento de conjunto", sino a través de la experiencia concreta del movimiento que nos arrastra. Una lectura atenta revelará que los comentarios de Merleau sobre política no son otra cosa que una experiencia política que se transforma por sí misma, y en el sentido más cabal de la palabra, en sujeto de meditaciones. Si los escritos son actos, digamos que él actuó para apropiarse de su acción y reencontrarse en ella profundamente. Dentro de la perspectiva general de la historia, Merleau es un intelectual surgido de la clase media, radicalizado por la Resistencia y aislado por el

estallido de la Izquierda ([11]). Considerado en sí mismo es una vida que vuelve sobre sí para aprender el advenimiento de lo humano en su singularidad. Su decepción de 1950, por cruel que haya sido, es evidente que debía servirle; ella lo aleja de nuestras sombrías arenas pero, al mis-t mo tiempo, le propone este enigma, ni totalmente el mismo, ni totalmente otro: él mismo. No es que al igual que Stendhal busque comprenderse como individuo, sino más bien, a la manera de Montaigne, como persona, fusión incomparable de lo particular y de lo universal. Sin embargo esto no bastaba; quedaban nudos por desatar. Se aprestaba a ello cuando sobrevino la muerte de su madre que los tronchó. ¿Puede asombrar que a través del dolor Merleau haya asumido su destino desdichado, convirtiéndolo en su más rigurosa necesidad? El tercer período de su meditación, aunque se anunciaba desde hacía unos años, comienza recién a partir de 1953.

Al principio ésta fue a la vez una investigación renovada y una vigilia fúnebre. Vuelto por tercera vez sobre sí mismo a causa de aquella muerte, quiso aclarar a través de ella su nacimiento. Al recién nacido, a este vidente-visible que aparece en el mundo de la visión, algo debía ***acontecerle,*** no importa qué, incluso la muerte. A esta primera tensión entre la aparición y la desaparición la denominada ‘‘historicidad primordial”: es en ella y por medio de ella que todo ocurre; desde el primer instante nos arroja en una inflexible irreversibilidad. Sobrevivir aunque más no sea un instante al nacimiento es una aventura y es también una aventura no sobrevivir. No es posible eludir esa sinrazón que él denomina nuestra contingencia. No es

---

[11] Desde luego que se nos podría definir a todos de la misma manera con la sola diferencia de que las derivadas son variables y a veces de sentido opuesto.

suficiente decir que se nace para morir: se nace a la muerte.

Pero al mismo tiempo, viviendo, impedía que su madre desapareciera completamente. No creía ya en la sobrevivencia, y si no lo ubicara entre los ateos, no fue a causa de una encendida fe cristiana sino para dejar una posibilidad a los difuntos. Esta precaución era suficiente: ¿qué significaba reanimar una muerta a través de un culto? ¿Resucitarla en sueños o ***instituirla?***

La vida, la muerte; la existencia, el ser: para llevar a cabo esta doble investigación quiso colocarse voluntariamente en esa encrucijada. En cierto sentido, no han cambiado las ideas que sostenía en su tesis; en otro, todo resulta desconocido. Se sumergió en la noche del no-saber, en búsqueda de aquello que ahora denomina lo "fundamental". Leemos por ejemplo en ***Signes:*** "Lo que (en la antropología) interesa al filósofo, es precisamente que toma al hombre como es, en su situación efectiva de vida y de conocimiento. El filósofo que a ella le interesa, no es aquél que quiere explicarse o construir el mundo, sino aquel que intenta profundizar nuestra inserción en el ser" ([12]).

A nivel de la presencia y de la ausencia, ciego y clarividente, aparece el filósofo; si el ***conocimiento*** pretende explicar o construir, él ni siquiera desea ***conocer.*** Vive en esa mezcla de oxígeno y gases raros que denominamos lo Verdadero pero no se digna detallar las verdades, aunque más no sea para distribuirlas en nuestras escuelas y manuales. No hace otra cosa que profundizar en sí mismo; se deja hundir, viviente, sin interrumpir su obra, en el único e irrisorio abismo que le es accesible, para buscar en sí misma la puerta que se abre hacia la noche de aquello que es todavía distinto de él. Esto significa definir la filosofía

[12] "De Maus a Lévi-Strauss".

como una meditación, en el sentido cartesiano de la palabra, es decir, como una tensión mantenida indefinidamente entre la existencia y el ser. Esta ambigua nervadura es el origen: para pensar es necesario ser, el menor pensamiento supera al ser instituyéndolo para el otro y esto sucede en un abrir y cerrar de ojos. Es el nacimiento absurdo y definitivo, acontecimiento indestructible que se transforma en advenimiento y define la singularidad de una vida por su vocación para la muerte; es la obra opaca y salvaje que retiene algo del ser entre sus pliegues; es la empresa, sin-razón que subsistirá en la comunidad como su razón de ser futura; es sobre todo el lenguaje, ese hecho "fundamental", pues el Verbo no es otra cosa que el Ser en el corazón del hombre arrojado para extenuarse en un ***sentido.*** En una palabra, es el hombre, surgido de golpe, el que supera su propia presencia en el otro, el pasado para alcanzar el futuro, todas las cosas y él mismo para captar el signo. Por esta razón Merleau se inclinaba, hacia el fin de su vida, a conceder un lugar cada vez más importante al inconsciente, Aprobaba sin duda la fórmula de Lacan: "El inconsciente está estructurado como un lenguaje". Pero como filósofo, se colocaba en las antípodas del psicoanálisis: el inconsciente lo fascinaba a la vez como una palabra encadenada y como la articulación del ser y la existencia.

Un día Merleau-Ponty se las tomó con la dialéctica y la maltrató. No porque no aceptara su punto de partida. Explica en ***Signes*** que lo positivo tiene siempre su negativo y viceversa; en consecuencia, ellos pasarán del uno al otro eternamente. Si todo gira el filósofo girará también, ya sea que siga escrupulosamente y con espíritu descubridor los circuitos de su objeto, ya que se sumerja en espiral en su noche. Merleau-Ponty toma la costumbre de seguir cada No hasta que se convierte en Si y cada Si hasta verlo transformado en No. En los

últimos años se muestra tan hábil en este juego de hurón que hace del mismo un verdadero método; es lo que llamaré el trastocamiento. Salta de un pimío de visita a otro, niega, afirma, cambia el más en menos y el menos en más: todo se opone y todo también es verdadero. Doy solamente un ejemplo: "Por lo menos hasta cuando explica la conducta adulta por una fatalidad heredada de la infancia, Freud señala en esta última una vida adulta ***prematura*** y, por ejemplo,... una primera elección de relaciones de generosidad y avaricia con los otros ([13]). Por ***lo menos hasta***: las verdades contradictorias en él, nunca se combaten; no hay peligro de detener el movimiento, de provocar una explosión. Por lo demás, ¿son contradictorias en el verdadero sentido de la palabra? Aún admitiéndolo, habrá que reconocer que la contradicción, debilitada por ese impulso giratorio pierde su función de "motor de la historia" y aparece ante sus ojos como el índice de la paradoja, como el signo viviente de la ambigüedad fundamental. En suma, acepta la tesis y la antítesis pero rechaza la síntesis. A ésta le reprocha convertir la dialéctica en un juego de construcción. Los torniquetes, por el contrario, no permiten conclusión alguna sino que cada uno manifiesta a su manera el carrousel del ser y de la existencia. Hijos del barro, nos reduciríamos a una huella en la arcilla, si no comenzáramos por negarla. Invirtamos los términos: nosotros, para quienes nuestra existencia más inmediata es la negación de aquello que es, ¿qué hacemos en todo momento sino anunciar el ser, instituirlo y restituirlo a través y para los otros en el ámbito de la intersubjetividad? Instituirlo, anunciarlo: muy bien. En cuanto a verlo de frente eso ya es otra cosa. Sólo conocemos los signos. El filósofo nunca dejará así de dar vueltas en el vacío ni el carrousel de girar.

---

[13] Signes, pág. 270.

“Este ser, entrevisto a través de la agitación del tiempo, al que apunta siempre nuestra temporalidad, nuestra percepción y nuestro ser carnal, pero a cuyas cercanías no hay que pensar en trasladarse, porque la distancia suprimida le quitaría su consistencia de ser, ese ser “de las lejanías” dirá Heidegger, siempre propuesto a nuestra trascendencia, es la idea dialéctica del ser tal como la definía el ***Parménides,*** más allá de la multiplicidad empírica de las cosas que son, y por principio enfocado a través de ellas, ya que separado de ellas, no sería más que relámpago o noche” ([14]).

Merleau conserva sus coqueterías: en este texto habla aún de la dialéctica. Pero no es Hegel a quien se refiere sino a Parménides, a Platón. Lo que conviene a la meditación es trazar una circunferencia en tomo a su ***sujeto*** y volver continuamente por los mismos lugares. Pero entonces, ¿qué es lo que aquélla entrevé?, ¿una ausencia o una presencia? Ambas cosas. Por un prisma refractado el ser exterior se dispersa, se multiplica, inalcanzable; pero con el mismo movimiento se interioriza, deviene ser interior, siempre enteramente presente, sin perder su

---

[14] Signes, pág. 197. Se trataba de caracterizar el momento presente de la investigación filosófica. Merleau le atribuía dos rasgos: “existencia y dialéctica”; pero algunos meses antes había pronunciado una conferencia en los Rencontres Internationales de Genève, sobre el pensamiento de nuestro tiempo. Es notable que no haya dicho una sola palabra sobre la dialéctica; para señalar nuestros problemas, por el contrario, evita la palabra contradicción y escribe; “La encamación y el otro son el laberinto de la reflexión y de la sensibilidad contemporánea”.

intangibilidad. Por cierto que también es verdad lo inverso; en nosotros, el ser interior, repliegue grave y avaro; no cesa de manifestar su apropiación de la naturaleza, indefinido despliegue del ser exterior. Así, girando y meditando, Merleau permanece fiel a su pensamiento espontáneo —lenta rumia interrumpida por súbitos relámpagos— y es a este pensamiento al que erige discretamente en método bajo la forma de una dialéctica decapitada.

Este descenso a los Infiernos le permitió alcanzar, por fin, el más profundo carrousel. Fue un descubrimiento del corazón; la prueba está que conmueve por su sombría gravedad. Diré cómo Merleau me hizo partícipe de él hace casi dos años; el hombre se retrata en esos propósitos, sutil, lacónico, encarando de frente los problemas cuando apenas parece rozarlos. Yo le pregunté si trabajaba, vaciló y me dijo: “Escribiré quizás sobre la naturaleza”. Y agregó para aguijonearme: “leí en Whitehead una frase que me ha impresionado: la Naturaleza está hecha de jirones”. Como puede suponerse no agregamos una palabra más. Lo dejé sin haber comprendido. En esa época yo estudiaba el “materialismo dialéctico” y la palabra “Naturaleza” evocaba en mí el conjunto de nuestros conocimientos físico-químicos. Otro malentendido: yo había olvidado que la Naturaleza era para sus ojos el mundo sensible, ese mundo “decididamente universal” en el que encontramos las cosas y las bestias, nuestro propio cuerpo y los otros. Para comprenderlo debí aguardar hasta la aparición de su último debía formar parte del libro que estaba escribiendo; de cualquier modo, hace referencia al mismo y remite constantemente a una idea que iba a ser expresada y que quedó sin formular.

Hostil más que nunca al intelectualismo, Merleau interroga al pintor y a su pensamiento manual, salvaje;

trata de aprehender en las obras el sentido de la pintura. En esta ocasión la Naturaleza le revela sus harapos. ¿Cómo se anuncia esa montaña lejana? dice casi textualmente. Por señales discontinuas, a veces intermitentes, tenues y ralos fantasmas, reflejos, juegos de sombras; este polvillo impresiona por su inconsistencia. Pero justamente nuestro ojo es el "computador del ser"; con esos signos del aire producirá el derrumbe de la más pesada masa terrestre. La mirada no se conforma ya con "percibir el ser a través del tiempo". Se diría que ahora tiene la misión de erigir en aquél la unidad siempre ausente a partir de lo múltiple. "¿Entonces la unidad no existe?" —se nos preguntará. Existe y no existe, como la rosa de Mallarmé "ausente de todos los ramos". El sei es gracias a nosotros, que somos gracias a él. Todo esto, por cierto, no se comprende sin el Otro; de esta manera entiende Merleau la afirmación "difícil" de Husserl: "La conciencia trascendental es intersubjetividad". Nadie, piensa, puede ver si no es al mismo tiempo visible: ¿cómo captaríamos aquello que es si nosotros no fuésemos? No se trata aquí de un simple "noesis" que produce su correlativo noemático a través de las apariciones. Nuevamente, para pensar es preciso ser. La cosa, a través de todos constituida por cada uno, siempre una pero indefinidamente polifacética, nos remite, a cada uno por todos, a nuestro estatuto ontológico. Somos como el mar: no bien aparecido, todo despojo es innumerable como las olas, por ellas y como ellas absoluto. El pintor es el artesano privilegiado, el mejor testigo de esta reciprocidad mediada. "El cuerpo es sacado del tejido del mundo, pero el mundo está hecho de la estofa de mi cuerpo". Nuevo torniquete, pero más profundo que los otros porque toca el "laberinto de la encarnación". A través de mi carne la Naturaleza se hace carne. Pero inversamente, si la pintura es posible, las nervaduras

del ser que el pintor percibe en la cosa y fija en la tela, deben indicar desde el fondo de sí mismas las "flexiones" de su ser. "El cuadro... no se refiere a cualesquiera de las cosas empíricas, sino a condición de ser autofigurativo; es espectáculo de las cosas sólo a condición de no serlo de nada... mostrando cómo las cosas se vuelven cosas y el mundo, mundo". Es esto, precisamente, lo que otorga "a la ocupación del pintor una sugerencia que sobrepasa cualquier otra urgencia". A través de la figuración del ser exterior, él presenta a los demás el ser interior, ***su*** carne, la de ellos. Presentar es decir demasiado poco: la cultura, dice Merleau, es "advenimiento". De ésta manera el artista tiene la función sagrada de instituir el ser en el ambiente humano, vale decir, rebasar "las capas de ser bruto que el activista ignora" para alcanzar ese ser eminente que es el ***sentido.*** Y no sólo el artista sino también cada uno de nosotros: "La expresión — dice Merleau— es lo ***fundamental*** del cuerpo". ¿Pero qué es lo que se expresa sino el ser?; no hacemos un solo movimiento sin restituirlo, instituirlo y presentarlo. La historicidad primordial, nuestro nacimiento para la muerte, constituye el surgimiento de profundidades mediante las cuales el acontecimiento deviene hombre y declina su ser al nombrar las cosas. Tal es también la historia del grupo en lo que ella tiene de más radical: "¿Cómo llamar sino historia a este ambiente, en que una forma grávida de contingencia abre súbitamente un ciclo de porvenir ***y*** lo conduce con la autoridad de lo instituido?".

Tales son al partir sus últimos pensamientos; su última filosofía "grávida de contingencia", que roía con paciencia su destino y por el destino interrumpida; esa filosofía que como ya he dicho la veía comenzar por un descubrimiento del corazón. Contra la ausencia y el duelo es él, a su vez, quien se descubre; el verdadero

“computador del ser” es él. Le quedan un puñado de recuerdos y de reliquias, pero para revelar el ser de la montaña, nuestra mirada no necesita tanto. El corazón arrancará el ser de los muertos a los andrajos de la memoria; del acontecimiento que los mató hará su advenimiento. No se trata solamente de restituir a la sonrisa desaparecida y a las palabras su eternidad: vivir será profundizarlas, transformarlas íntimamente cada día un poco más, con nuestras palabras y nuestras sonrisas, indefinidamente; hay un progreso de los muertos que es nuestra historia. Así Merleau se convirtió en guardián de su madre, como ella lo había sido de su infancia. Nacido por ella para la muerte, quiso que la muerte fuera para ella un renacimiento. Por esta razón encontró en la ausencia una fuerza más real que en la presencia. ***L’Oeü et FEsprit*** tiene una cita curiosa: Marivaux, reflexionando1 en ***Marianne*** sobre la fuerza y la dignidad de las pasiones, hace el elogio de los hombres que prefieren quitarse la vida antes que renegar de su ser. Lo que sedujo a Merleau en estas pocas líneas, es que descubren una piedra indestructible bajo la transparencia de ese arroyo poco profundo que es la vida. Pero no debemos creer que retorna a la substancia cartesiana: no bien cierra las comillas y continua escribiendo, la piedra se desmenuza en centelleos discontinuos, retorna ese ser hecho jirones que debemos ser, que no es quizás sino un imperativo en desorden, al que a veces un suicidio compondrá mejor que una victoria viviente. Con un mismo movimiento, ya que es nuestra norma, instituiremos en la comunidad humana el ser de los muertos a través del nuestro y nuestro ser a través del de los muertos.

¿Hasta dónde pudo llegar Merleau en estos años sombríos que lo iban transformando? Se diría a veces al leerlo que el ser inventa al hombre para ***manifestarse*** por su intermedio. ¿No será que de vez en cuando Merleau, invirtiendo los términos, dándolos vuelta,

creyó percibir en nosotros, “ina- prehensible en la inmanencia”, no sé qué mandato trascendente? En uno de sus artículos felicita a un místico por haber escrito que Dios está por debajo de nosotros. Y agrega aproximadamente: ¿por qué no? Sueña con ese Todopoderoso que tendría necesidad de los hombres, discutido en el fondo de cada uno nosotros y que permanecería siempre el Ser total, ese ser que la intersubjetividad no deja de instituir infinitamente, el único que conducimos hasta las últimas consecuencias de su ser y que comparte con nosotros toda la inseguridad de la aventura humana. Por cierto que se trata tan sólo de una indicación metafórica; pero es significativo que la haya escogido. Todo está allí: el hallazgo y el riesgo. Si el ser se encuentra por debajo nuestro, pobreza gigantesca hecha jirones, será necesario tan sólo un cambio imperceptible para que se convierta en ***nuestra tarea.*** ¿Dios, tarea del hombre? Merleau no lo ha expresado jamás e incluso se ha prohibido el pensarlo; esto no significa que, a veces, no se haya complacido en soñar con esta idea, pero su investigación era demasiado rigurosa para aceptar cualquier cosa que no hubiera establecido previamente. Trabajaba sin prisa;

Se ha hablado de un acercamiento a Heidegger; es probable, pero es preciso ponerse de acuerdo. Mientras le fue asegurada su infancia, Merleau no tuvo necesidad de radicalizar sus investigaciones. Cuando murió su madre y fue abolida con ella su infancia, la ausencia y la presencia, el Ser y el No Ser se suceden unos a otros. A través de la fenomenología y sin abandonarla jamás, Merleau quiso reunirse con los imperativos de la ontología; lo que es no es más, no es aún, no será jamás; corresponde al hombre dar el ser a los otros seres. Esta tarea se desprende de su vida, de su duelo; tuvo entonces la ocasión de releer a Heidegger, de comprenderlo mejor, pero no de sufrir su influencia:

sus caminos se cruzaron, eso es todo. El Ser es la única preocupación del filósofo alemán; a pesar de un vocabulario a veces común, el hombre es siempre la principal inquietud de Merleau. Cuando el primero habla de la "apertura al ser" huelo la alienación. No hay por qué ocultar, es cierto, que la pluma de Merleau ha trazado a veces palabras inquietantes. Esta por ejemplo: "Lo irrelativo, desde ahora, no es la naturaleza en sí, ni el sistema de adquisiciones de la conciencia absoluta, ni tampoco el hombre, sino esta "teleología" que se escribe y se piensa entre comillas, coyuntura y arquitectura del ser que se realiza a través del hombre". Las comillas nada agregan a la cuestión, más no importa, lo dice de paso. Es realmente penoso que un hombre pueda escribir hoy en día que lo absoluto no es el hombre; pero lo que niega a nuestro reino no se lo concede a ningún otro. Su irrelativo es, en realidad una relación de reciprocidad encerrada en sí misma: el hombre está señalado por su vocación fundamental que es la de instituir el ser, pero otro tanto sucede con el ser, cuyo destino es el de realizarse a través del hombre. He dicho ya cómo, por lo menos en dos oportunidades, Merleau había buscado en la comunidad cristiana y en la fraternidad del combate político, la envoltura en la inmanencia resistiendo lo trascendente. Su último pensamiento, a pesar de que evita más que nunca recurrir a la síntesis hegeliana, trata de resolver la contradicción que ha vivido: lo trascendente se hundirá en la inmar nencia, se disolverá en ésta, protegido por su impalpabilidad incluso del aniquilamiento. El es sólo ausencia y súplica que extrae su omnipotencia de su infinita debilidad. ¿No es ésta, en cierto modo, la contradicción fundamental de todo humanismo? Y el materialismo dialéctico —en nombre del cual muchos criticarán esta meditación— ¿puede acaso prescindir de una ontología? Por otra parte, si se efectúa un examen atento y se descarta la absurda teoría del reflejo, ¿no

puede encontrarse, discretamente anunciada, la idea de una capa de ser bruto que produce y sostiene la acción y el pensamiento?

No, nunca ha dejado de ser humanista quien pocos meses antes de su muerte, escribía: “Cuando el relámpago-hombre se enciende, todo es dado en el instante”. ¿Y con esto? Por cierto que realizar el ser es consagrarlo, pero ello significa humanizarlo. Merleau no pretende que nos perdamos para que el ser sea sino, todo lo contrario, que instituiremos el ser por el acto mismo que nos hace nacer a lo humano. Más pascaliano que nunca, repite todavía: “El hombre es absolutamente distinto de las especies animales justamente porque no posee ningún equipamiento original y porque además, es él el lugar de la contingencia, ya sea bajo la forma de una especie de milagro, ya bajo la de una adversidad sin intención”. Esto es suficiente para que el hombre no pueda ser jamás ni el animal de una especie, ni el objeto de un concepto universal sino, desde que aparece, el estallido de un acontecimiento. Merleau extrae la misma lección del humanista Montaigne: “Montaigne rechaza de entrada las explicaciones que nos proporciona una metafísica o una física, porque es todavía el hombre el que “experimenta” las filosofías y la ciencia, y éstas se explican por medio de él, más que él por medio de ellas. . . ” El hombre no pensará jamás al hombre: lo ***hace*** a cada instante. ¿No es éste acaso el humanismo verdadero? El hombre no será jamás objeto total de conocimiento; él es sujeto de la historia.

En las últimas obras del filósofo que se tornaba cada vez más sombrío, no es difícil encontrar cierto optimismo: nada concluye, nada se pierde. Una tentativa —todo el hombre en un relámpago— estalla con él o le sobrevive locamente para terminar, en todo caso, en un desastre, y en el instante mismo del siniestro abre una puerta al futuro. Espartaco luchando y muriendo es el hombre todo entero. ¿Qué ejemplo

mejor? Una palabra es todo el verbo recogido en algunos sonidos; un cuadro es toda la pintura. “En este sentido —dice Merleau— hay y no hay progreso”. La historia se instaura sin cesar en nuestro medio prehistórico; con cada relámpago el todo se ilumina, se instituye, se deshilacha y desaparece, inmortal. Apeles, Rembrandt, Klee han ***mostrado el ser,*** cada uno en una civilización definida, con los medios de que disponían. Y mucho antes de que el primero de ellos hubiera nacido, toda la pintura se había ya manifestado en las grutas de Lascaux.

Precisamente porque el ser se resume sin cesar en este relámpago siempre recomenzado, habrá para el hombre un futuro. Contingencia del Bien, contingencia del Mal: Merleau no favorecía ni condenaba a nadie. La adversidad nos había colocado a un paso de la barbarie; el milagro siempre y en todas partes posible nos librará de ella. Ya que ^espontáneamente cada gesto de nuestro cuerpo y de nuestro lenguaje, cada acto de la vida política... tiene en cuenta a los otros, y se supera en lo que tiene de singular para alcanzar k> universal”, entonces, aunque no sea de ningún modo necesario ni prometido, aunque aspiremos no tanto a mejoramos en nuestro ser, como a despojamos de los derechos de nuestra vida, es menester que un progreso ***relativo*** sea la conjetura más probable. “Y muy probablemente la experiencia terminará por eliminar las falsas soluciones”. Con esta esperanza, creo yo, aceptó entregar algunos comentarios políticos a ***L’Express.*** El ***Este y*** el Oeste, dos economías en crecimiento, dos sociedades industriales, una y otra desgarradas por las contradicciones. El hubiera deseado determinar, por encima de los regímenes, necesidades comunei a nivel de la infraestructura o al menos, puntos de convergencia; era una manera de permanecer fiel a sí mismo. En efecto, se trataba una vez más de rechazar la opción maniqueísta. La unidad había existido, pero

una vez perdido este paraíso menor, Merleau quiso denunciar en todas partes la explotación; luego se encerró en el silencio. Sólo salía de él para buscar en todas partes razones para esperar. Sin ninguna ilusión: ***"la virtú",*** nada más. Somos por cierto retorcidos, los vínculos que nos unen a los otros son falseados, no hay ningún régimen que baste por sí solo para enderezarlos, pero quizás los hombres que vendrán después de nosotros, todos los hombres unidos, tendrán la fuerza y la paciencia de emprender la tarea.

El curso de nuestros pensamientos nos alejaba cada día un poco más. Su duelo, su voluntaria reclusión, tomaban más difícil nuestro reencuentro. En 1955 estuvimos a punto de perdernos definitivamente; por abstracción. Merleau escribió un libro sobre la Dialéctica y me atacó vivamente. Simone de Beauvoir le respondió en ***Les Temps Modernes*** con no menos énfasis. Fue la primera y única vez que nos peleamos por escrito. Al publicar nuestros desacuerdos parecía que los hacíamos irremediables. Por el contrario, en el momento en que la amistad parecía acabada, comenzó a renacer insensiblemente. Es indudable que habíamos puesto demasiado empeño en rechazar la violencia, en cambio, se necesitaba un poco de ella para liquidar los últimos agravios y para que me confiara de una vez por todas lo que aún guardaba su corazón. En una palabra, el asunto tomó otro rumbo y poco después nos volvimos a ver.

Fue en Venecia, en los primeros meses de 1956. La Sociedad Europea de Cultura había organizado unos coloquios entre los escritores del Este y del Oeste. Yo asistí. Al sentarme observé que la silla vecina estaba desocupada, me incliné y leí en una tarjeta el nombre de Merleau-Ponty; habían pensado complacemos ubicándonos juntos. Comenzó el debate; yo escuchaba sólo a medias, esperando a Merleau no sin temor. Siguiendo su costumbre llegó retrasado. Alguien

hablaba, él pasó detrás mío, en puntas de pie, me tocó ligeramente el hombro y cuando me di vuelta, sonrió. Las conversaciones se prolongaron varios días, él y yo no estábamos del todo de acuerdo, excepto para impacientamos juntos cuando tomaba la palabra un italiano demasiado elocuente y un inglés demasiado ingenuo que ***tenía*** mandato de hacer fracasar la empresa. Pero entre hombres tan diversos, unos más viejos, otros más jóvenes que nosotros, venidos de los cuatro rincones de Europa, advertimos que una misma cultura, una misma experiencia válida tan solo para nosotros, nos unía. Pasamos juntos varias noches, algo incómodos y nunca solos. Mejor así; la presencia de nuestros amigos nos protegía contra nosotros mismos, contra la tentación de restablecer prematuramente nuestra intimidad y, por esto, no hacíamos otra cosa que hablar el uno con el otro. Sin ninguna ilusión respecto al alcance de las conversaciones, deseábamos que las mismas se renovaran el próximo año, Merleau porque era un "mediador", yo para "favorecer" la izquierda. Cuando llegó el momento de redactar la comunicación final, nuestras opiniones coincidieron. Nada importante, por cierto, pero era la prueba de que un trabajo común podía aproximarnos nuevamente.

Volvimos a encontrarnos, en París, en Roma, otra vez en París, solos. Fue la segunda etapa. El malestar subsistía pero tendía a desaparecer. Nació otro sentimiento: la dulzura. Este afecto desolado, tiernamente fúnebre, aproxima a los amigos extenuados, desgarrados hasta no tener ya en común más que su disputa, la cual, un buen día, carente de objeto, ha cesado. El objeto era la revista: ella nos había unido, luego separado; ahora ya no nos separaba más. Nuestras precauciones habían estado a punto de malquistarnos; cuando lo advertimos tratamos de no ser tan precavidos, pero ya era demasiado tarde. Cada uno,

hiciera lo que hiciese, sólo se comprometía a sí mismo. Cuando examinábamos la situación parecía como si intercambiásemos noticias familiares: la tía María se va a operar, mi sobrino Carlos se recibió de bachiller, sentados en un banco uno al lado de otro, con mantas sobre las rodillas, trazando signos en la tierra con la punta de nuestros bastones. ¿Qué es lo que faltaba? Ni el afecto ni la estima, solamente la obra. Nuestra actividad pasada, sepultada sin haber podido separarnos, se vengaba de nosotros convirtiéndonos en jubilados de la amistad.

Había que esperar la tercera etapa sin forzarla; yo esperaba, seguro de volverlo a encontrar. Estábamos de acuerdo en condenar sin reservas la guerra de Argelia. El había devuelto su cinta roja al gobierno de Guy Mollet; ambos nos opusimos a la embrollona dictadura degaullista. Quizás no coincidíamos en los medios para combatirla, pero eso vendría después. Cuando avanza el fascismo reúne a los amigos perdidos. Volví a verlo ese mismo año, en el mes de Marzo. En la Escuela Normal dicté una conferencia a la que asistió. Eso me conmovió porque, desde hacía años, era yo quien siempre había buscado los encuentros, propuesto las citas; por primera vez se había molestado espontáneamente y no por cierto para escucharme exponer ideas que conocía de memoria, sino para verme. Finalmente nos encontramos en presencia de Hyppolite y de Canguilhem. Para mí fue un momento feliz. Pero he sabido más tarde que Merleau había creído advertir en nosotros la persistencia de un malestar.

No había en realidad ni sombra de ello, mas, por desgracia, yo estaba con gripe y me sentía embotado. Cuando nos separamos, Merleau no dejó ni un momento traslucir su decepción sin embargo tuve por

un instante la impresión de que se había entristecido. No le di importancia; todo se ha arreglado, pensaba, todo va a recomenzar. Pocos días después me enteré de su muerte y nuestra amistad se detuvo ante este último malentendido. En vida lo hubiéramos disipado quizás a mi regreso. Ausente, permaneceremos siempre el uno para el otro lo que siempre fuimos: desconocidos.

Ninguna duda: sus lectores pueden conocerlo pues les ha "dado cita en su obra". Cada vez que yo me convierta en su lector, lo conoceré, me conoceré mejor. Ciento cincuenta páginas del libro que estaba preparando se salvaron del naufragio y además está ***L'Oeil et*** f***Esprit*** en el que todo está dicho siempre que se lo sepa descifrar. Nos toca a nosotros "instituir" ese pensamiento hecho jirones; será uno de los prismas de nuestra "intersubjetividad". En el mismo momento en que el prefecto de policía M. Papón expresa la opinión general declarando que ya no se asombra por nada, Merleau proporciona el antídoto asombrándose de todo. Es un niño escandalizado por nuestras fútiles certezas de personas mayores y que hace preguntas escandalosas a las que los adultos no responden jamás. ¿Por qué se vive? ¿por qué se muere?

Nada le parece natural. No que haya una historia, ni que haya una naturaleza; no comprende cómo puede ocurrir que toda necesidad se vuelva contingencia y toda contingencia concluya en necesidad. Merleau lo dice y nosotros al leerlo somos arrastrados a ese torniquete del que no podremos salir más. Sin embargo, no es a nosotros a quienes interroga; teme demasiado que nos obstinemos en tranquilizadores dogmatismos: se interroga sólo a sí mismo, puesto que el "escritor ha elegido la inseguridad". La inseguridad es nuestra situación fundamental y, en conjunto, la actitud ardua que nos descubre esta situación. No conviene que le exijamos respuestas; lo que nos enseña es la profundización de una indagación primera. Recuerda,

siguiendo a Platón, que el filósofo es aquél que se asombra, pero más riguroso que su maestro griego, agrega que la actitud filosófica desaparece tan pronto como cesa el asombro. Contrariamente a aquellos que predicen el “devenir-mundo” de la filosofía, responde que si el hombre fuera un día feliz, libre y transparente para el hombre, habrá que asombrarse de esa felicidad sospechosa tanto como ahora nos asombramos de nuestra infelicidad. No vacilaría en afirmar, si Merleau no hubiera considerado dudosa la palabra en razón del abuso que se ha hecho de ella, que supo reencontrar la dialéctica interna del interrogador y del interrogado y que la ha desarrollado hasta llegar a la cuestión fundamental, la misma que nosotros evitamos mediante supuestas respuestas. Para seguirlo es menester renunciar a dos seguridades contradictorias entre las cuales oscilamos sin cesar, puesto que, ordinariamente, nos tranquilizamos utilizando dos conceptos opuestos pero igualmente universales que nos toman, tanto uno como otro, por objetos. El primero asegurando a cada uno de nosotros que él es hombre entre los hombres, el segundo, que él es otro entre los otros. Mas aquél no tiene valor alguno, pues el hombre no termina de hacerse y no puede nunca pensarse ya hecho, y éste nos engaña, ya que somos semejantes precisamente en tanto cada uno de nosotros difiere de todos los demás. Saltando así de una idea a otra, como los monos de rama en rama, evitamos la singularidad que no es tanto un hecho como una eterna postulación. Tronchando los vínculos con nuestros contemporáneos, la burguesía nos encierra en el capullo de la vida privada y nos define a tijeretazos como individuos, o sea como moléculas sin historia que se arrastran de un instante a otro. A través de Merleau nos reconocemos singulares por la contingencia de nuestro “anclaje” en la Naturaleza y en la Historia, es decir por la aventura temporal que somos en el seno de la aventura humana.

Así la historia nos hace universales en la misma medida en que nosotros la hacemos particular. Tal es el don importante que Merleau nos ofrece con su empeño en profundizar continuamente en el mismo punto: partiendo de la bien conocida singularidad de lo singular adviene a la singularidad de lo universal. Es él quien ha puesto ?.l día la contradicción capital: toda historia es toda la historia, cuando el relámpago-hombre se alumbra todo está dicho; toda vida, todo momento, toda época —milagros o fracasos contingentes— son ***encarnaciones.*** El Verbo se hace carne, lo universal se instaura sólo por la singularidad viviente que lo deforma singularizándolo. No debemos ver aquí una nueva versión de la "conciencia infeliz": es justamente lo contrario. Hegel describe la oposición trágica de dos nociones abstractas, las mismas que he calificado como los polos de nuestra seguridad. Pero para Merleau la universalidad no es jamás universal, excepto para el "pensamiento de conjunto". Ella nace según la carne; carne de nuestra carne, conserva hasta su más ínfimo grado nuestra singularidad. Tal es la admonición que la antropología —análisis o marxismo— nunca debería olvidar: ni como a menudo hacen los freudianos, que olvidan que todo hombre es todo el hombre y que en todos hay que dar cuenta del ***relámpago*** —universalización singular de la universalidad—, ni como hacen los dialécticos noveles que olvidan que la URSS no es el simple comienzo de la revolución universal sino también su encarnación y que 1917 imprimirá al socialismo futuro una huella imborrable. Este es un problema difícil; ni la antropología vulgar ni el materialismo histórico se podrán desembarazar de él. Merleau no pretendía proporcionar s- **Ili**ciones; por el contrario, de haber vivido hubiera profundizado más aún, girando siempre hasta radicalizar los datos del problema, como se aprecia en ***L'Oeil et l'Esprit*** al referirse a la

historicidad primordial. No llegó hasta el fondo de su pensamiento o al menos, no tuvo tiempo de expresarlo a fondo. ¿Se trata de un fracaso? No, es como una recuperación de la contingencia natal a través de la contingencia del fin. Esta vida, singularizada por este doble absurdo y meditando desde el comienzo hasta su muerte sobre la singularidad, adopta un "estilo" inimitable y justifica por sí misma las admoniciones de la obra. En cuanto a esta última, inseparable de aquélla, relámpago que entre dos azares ilumina nuestra medianoche, se le podía aplicar, palabra por palabra, lo que Merleau escribía a comienzos de este año: "Si ni en pintura ni en otros campos, podemos establecer una jerarquía de las civilizaciones ni hablar de progreso, no es porque algún destino nos mantenga atrasados, sino más bien porque en cierto sentido la primera de las pinturas iba hasta el fondo del futuro. Si ninguna pintura agota a la pintura, más aún, si ninguna obra se agota absolutamente, cada creación cambia, altera, ilumina, profundiza, confirma, exalta, recrea o crea por anticipado todas las otras. Si las creaciones no son algo adquirido, no es sólo porque, como todas las cosas, pasen, sino también porque tienen frente a ellas casi toda su vida". Pregunta sin respuesta, ***virtú*** sin ilusión, Merleau entra como ser singular en la cultura universal y restablece lo universal en la singularidad de la historia. Cambiando, como ha dicho Hegel, lo contingente en necesario y lo necesario en contingente, Merleau tiene la función de encarnar el problema de la encarnación. Su obra es el lugar de la cita.

Yo que tuve otras citas con él no quiero mentir acerca de nuestras relaciones ni concluir con un optimismo demasiado ejemplar. Vuelvo a ver su último rostro nocturno —nos despedíamos en la calle Claude Bernard— desilusionado, súbitamente taciturno, permanece en mí como una llaga dolorosa, infectada

por la añoranza, el remordimiento y un poco de rencor. Nuestra amistad, transformada, se resume aquí para siempre, no es que le otorgue al último instante el menor privilegio, ni que lo crea obligado a decir la verdad sobre una vida. Pero en éste sí todo se ha reunido: los silencios que me opuso a partir de 1950 están allí, congelados en aquel rostro de silencio y recíprocamente, todavía me ocurre hoy sentir la eternidad de su ausencia como un mutismo deliberado. Comprendo que nuestra equivocación final —que no hubiera sido nada si hubiera podido reencontrarlo vivo —está hecha del mismo tejido que las otras: ella no ha comprometido nada, deja entrever nuestro afecto mutuo, nuestro común deseo de que nada se echara a perder entre nosotros, pero también el desajuste de nuestras vidas, que nos hizo tomar siempre desacompasadamente nuestras iniciativas; luego la adversidad, interponiéndose, interrumpe nuestra relación, sin violencia, ***sine die.*** La muerte como el nacimiento es una encarnación: la suya, sin sentido pleno de oscuros significados, realiza en lo que nos concierne la contingencia y la necesidad de una amistad sin felicidad. No obstante, quedaba algo por intentar: con nuestras cualidades y nuestras lagunas, con la violencia divulgada de uno y la reserva.